

UN MARIDO DE IDA Y VUELTA.

Farsa en tres actos, estrenada en el teatro Infanta Isabel, de Madrid, el día 21 de octubre de 1939.

Num. 1533.-5

CIRCUNSTANCIAS EN QUE SE IDEÓ, SE ESCRIBIÓ Y SE ESTRENÓ UN MARIDO DE IDA Y VUELTA.

Ya nos tuteábamos Arturo Serrano y yo, aunque el termómetro de nuestra amistad padecía muchas altas y bajas.

-¿Escribes?

-Sí.

-¿Lo llevas ya muy adelantado?

-Mucho.

-¡Qué! ¿Avanzas?

-¡Uf!

-¿Vas a acabar pronto el primer acto?

-En seguida.

-¿Cómo va ese primer acto?

-Colosal.

-Que tenemos que estrenar en San Sebastián.

-¡Ya, ya!

-Mira que quiero llevarme acabado el primer acto.

-¡No faltaba más!

Y el primer acto de la obra, ni empezado, claro.

Y la obra, ni pensada siquiera. Era una situación muy mona.

*

Nos hallábamos en Madrid en los últimos días de julio del año 1939. Y no era una situación feliz, no...

El Lector.- ¡Cómo! Pero ¿usted no tenía nada entre manos?

El Autor.-Sí. Sí tenía cosas entre manos. ¿Quién que escriba no tiene siempre algo literario entre manos? Pero verá usted... no sé... Este oficio es bastante raro...

*

Tenía cosas de teatro pensadas y entre manos, y me gustaban... pero en tales momentos deseaba hacer algo que no era nada de aquello y que no sabía a ciencia cierta lo que era.

Si el arte literario fuera un oficio manual, situaciones así no se explicarían. Pero no es una destreza de manos habituadas a un repetido ejercicio; no es una aplicación directa de la materia, sino un vaho de esa materia. Es, como toda resultante del pensamiento, un impulso de origen telúrico.

Cuidado. Estoy refiriéndome al arte literario, no a la literatura; porque en el arte literario sólo quedan incluidos los artistas, y en la literatura están incursos hasta los autores de revistas verdes. (Véase la Historia de la Literatura, de Fitzmaurice Kelly.)

Mi voluntad activa me impulsaba a continuar y terminar para Serrano -que, según clamaba con angustiado acento, necesitaba otra obra «para inmediatamente»- una de las comedias empezadas y en marcha. Pero mi voluntad pasiva me paralizaba el impulso.

Como secuela, no escribía ni una línea ni hacía nada de provecho. Iba de la decisión al desánimo constantemente, y recorría este camino en pocos minutos y repetidas veces al día. A lo último, de un modo inexorable, triunfaba el desánimo. Y me echaba a la calle, desesperado ante ese éxito de lo negativo. Me hallaba furioso contra mí mismo, e intratable.

Estas crisis del espíritu son difíciles de explicar. En cambio, y por compensación, son más difíciles aún de comprender. Así es que hay que confesar que, en estos momentos, el lector y yo vamos por muy mal camino.

Quizá nos entendamos ambos -sin embargo- recurriendo a un símil grosero, pero exacto en todos sus puntos.

Aquello era como si me encontrase, a la hora del almuerzo, sentado ante una mesa dispuesta con manjares diversos y de mi gusto. Me corría prisa concluir de almorzar; sentía, además, un hambre terrible, y ya había atacado alguno de los manjares; *pero deseaba otro con todas las fuerzas de la gula; deseaba otro, y cuando me preguntaban cuál deseaba, no sabía a ciencia cierta contestar.* Irritado, me levantaba de la mesa y echaba a rodar todos los platos; pero tampoco esto era una solución, pues al hacerlo, me quedaba sin platos y con la gula insatisfecha.

Y, entretanto, seguían los diálogos con Serrano, apremiando él y mintiendo yo:

-¿Qué tal va eso?

-Muy bien.

-¿Me darás el primer acto antes de marcharnos de Madrid?

-Naturalmente.

-¿Cuándo me lees algo? -Ten paciencia, hombre...

-Mira que he firmado el negocio en San Sebastián a base de que me entregues obra nueva para estrenarla allí

-Estate tranquilo. (Pero yo no lo estaba.)

Y, de pronto, una noche, comiendo (¿ha sido el subconsciente el que me ha hecho recurrir al símil de la mesa servida ?; muerto Freud, es improbable que lo averigüemos), tuve una idea. O, mejor, tuve la idea.

Allí estaba el manjar que anhelaba e ignoraba a un mismo tiempo. Allí estaba la comedia que yo le quería hacer a Serrano. La que le quería hacer, y debía hacer, y tenía que hacer. (Por eso no había continuado las otras; ahora se veía claro.) Daban fin las angustias absolutas. Y principiaban las angustias relativas.

Porque -como de costumbre en mi organización mental para el arte- la idea es una pequeñita cosa, una cosa casi insignificante; algo tan nimio que, referido y trasladado a otra persona, nadie hubiera visto en ello la posibilidad de una comedia. Y, por contera, la experiencia me decía que ya no se me ocurriría nada más, y que no le añadiría a aquel leve germen una sola partícula de sustancia aprovechable, mientras no me pusiera a escribir.

De suerte que me puse.

Los primeros días fueron mortales, como casi siempre.

Escribir. Romper... Escribir. Romper... Escribir. Romper... Escribir. Romper...

Al cabo de quince días, apenas tenía rematadas seis cuartillas.

Pero la obra estaba ya entera dentro de mí. De tal modo, que el 12 de agosto acababa el acto primero. Y el 19 quedaba terminado el segundo. Y el 26 salía para San Sebastián, donde debutaban en el Principal los del Infanta, llevando casi concluido el tercer acto.

Y allí, en San Sebastián, en la misma mesa en que había escrito, en 1938, Carlo Monte en Monte Carlo, en un par de días, bajé el telón definitivo sobre Un marido de ida y vuelta, que entonces aún se titulaba, Lo que le ocurrió a Pepe después de muerto.

Leí la comedia en dos veces; primero y segundo actos, una tarde; tercer acto, a la siguiente noche.

Fue una lectura curiosa, pues demostró nuevamente que la gente de teatro es la que menos sabe de teatro.

El acto primero transcurrió en medio del éxito de risa más grande que recuerdo de ninguna lectura. Conforme iba yo avanzando en el manuscrito, lentamente, porque me interrumpían a cada frase las carcajadas, y conforme iba viendo aquellos rostros congestionados de alborozo y aquellos ojos lagrimeantes por el júbilo, crecía más y más mi sorpresa. La voz del criterio exacto me decía en falsete por dentro: «¿A qué viene esto? No es para tanto.»

Y no era para tanto, en efecto; ni yo me había propuesto en aquel acto hacer otra cosa que un prólogo animado. Fijar antecedentes, presentar y delinear los tipos, preparar situaciones futuras y en deslizar alguna broma -pocas- en el diálogo y en la acción: esto era todo cuanto yo había pretendido -y cuanto había realizado- en aquel primer acto. Incluso, después de terminado, lo podé de muchas de las cosas graciosas que

parecían escritas en el malgré moi, como dicen los cursis. Y he aquí que la lectura producía un éxito de risa no igualado hasta entonces...

«Éstos, no saben por dónde andan», resumí mentalmente al acabar. Y, leyéndoles el segundo acto, me ratifiqué en mi resumen, porque el segundo acto, donde había acumulado todo lo acumulable, que era, en sí, la comedia, que estaba construido sobre situaciones de un cómico irresistible y esmaltado de rasgos de ingenio de primer orden, produjo un efecto tristísimo en mis oyentes: Empresa y actores.

Como me conozco la clase, no me deprimí ni me desanimé, y al otro día, por la noche, leía el tercer acto en el vestíbulo del Principal.

La primera mitad gustó más que el acto segundo: persistían en el error.

Pero en cambio, el desenlace produjo en algunos actores -en los jóvenes, de menor categoría y más sentido principalmente- un gran efecto, y desató sus elogios. Ello me hizo formar buena idea de sus capacidades, pues en general, el desenlace de la comedia, como yo esperaba, había dejado helada a la Compañía. En cuanto a Serrano, esta vez se hallaba del lado de la verdad filosófica e integral; quiero decir que quedó satisfechísimo del desenlace.

-;Tiene calidad!- murmuró con semblante en el que había que leer: «La comedia acaba en punta.»

A la otra tarde comenzaron los ensayos.

*

Presentada la compañía en Madrid con la reposición de un antiguo y garboso juguete cómico de Muñoz Seca, Los trucos, una semana más tarde se anunció el estreno de Un marido de ida y vuelta. Ya era Un marido de ida y vuelta por petición de Isabel Garcés, a quien el primitivo título de Lo que le ocurrió a Pepe después de muerto no convencía.

-Eso del muerto...

-Bueno, bueno. Pensaré otra cosa...

Pues a mí tampoco me hacía muy feliz lo del muerto. Y al fin salió, entre varios proyectos, el citado título definitivo.

Hubo un ensayo general repugnante. Durante ese ensayo, a parte del cual asistió Juan Ignacio Luca de Tena, y que debió de marcharse provisto de una gran depresión mental, Serrano dio con su actitud muestras inequívocas de lo poco que le interesaba ya la comedia y del fracaso que de ella esperaba, actitud provocada por el resultado mediocre que la obra había obtenido un mes antes en su estreno de Barcelona en opinión de la crítica. Prueba irrefutable del aserto: había ordenado para el día siguiente lectura y paso de papeles de la obra póstuma de Muñoz Seca, que tenía en cartera.

Y el 21 de octubre, ante un público anhelante de expectación, se estrenó en el Infanta Un marido de ida y vuelta.

Fue una noche triunfal, respunteada de muchas y clamorosas ovaciones. Tuve que salir a saludar en mitad de un acto, el segundo, que el público cortó pidiendo mi presencia. Y hubo frases y situaciones ovacionadas. Y los máximos elogios. Y un delirante entusiasmo. Fue una especie de

sublimación de lo cómico, llevada a cabo por un auditorio electrizado.

La simpatía y el afecto de Arturo Serrano hacia mí habían subido de un golpe a los cien grados centígrados. Cuando le di la mano para despedirnos, me produjo una quemadura de pronóstico reservado.

*

La crítica de Madrid elogió la obra.

El lector.- ¿Cómo dice usted? Debo de haber oído mal.

El autor.- No, señor. Ha leído usted bien.

El lector.-Pero ¿la elogió mucho?

El autor.- Mucho.

El lector.- ¿Y la crítica de Barcelona la había censurado?

El autor.-Hasta la injuria, sí, señor. Vea usted a dos columnas, fragmentos de una crítica de Madrid y de Barcelona. Por ejemplos comparativos:

HOJA OFICIAL De Madrid

Posiblemente transcurrirá la actual temporada teatral sin que se nos presente ocasión de tanto y tan delicioso regocijo como el que nos brindó el estreno de la nueva obra de Jardiel Poncela.

Y eso que... (¿por qué no decirlo?) del señor Jardiel Poncela esperamos muchos una obra, o quizá varias obras, tan perfectas y acabadas que atraigan la atención y el aplauso del mundo entero, porque bien pudiera ser que en su fina manera de entender el teatro satírico llegue a producirse con la jerarquía de un Bernard Shaw o de un Pirandello.

Por lo pronto, Jardiel Poncela ha logrado el enorme triunfo de adueñarse del auditorio y de hacerle comprender que, junto a la gracia de lo irónico, aun vestido de absurdo, pero con un fondo real, de nada sirven chistes de actualidad o retorcimientos del vocablo, ganzúas tan del uso de los autores y tan del gusto de los públicos adocenados.

Es difícil encontrar en todo nuestro teatro -y en el extranjero- una situación y una escena mejor tratada que aquella en que el marido de ida y vuelta sostiene conversación a plaza partida con su sucesor y la esposa reincidente. Es imposible asimismo mantener mejor el buen humor a través de tres actos, sin que ni por un momento el autor se salga del tema y del tono ni apele a trucos garbanceros.

Magnífica, deliciosa, la sátira de Jardiel Poncela.

Obra es para toda la temporada, aunque quizá no para todos los públicos. Desde luego, no quedará una sola persona de buen gusto y delicado paladar artístico que deje de aplaudir este relámpago ingenioso de Jardiel Poncela, a quien debemos la gratitud de habernos transportado del teatro de todos los días al placer de saborear un manjar de desconocido y exquisito sabor.

EL CORREO CATALÁN De Barcelona

Cuando, como anoche, asistimos a estrenos de esperpentos de corte astracanesco, plagados de chistes y situaciones absurdas, a propósito únicamente para desternillarse de risa, añoramos la gran figura de don Pedro Muñoz Seca, que supo mostrarse genial donde los autores de hoy, salvando contadas excepciones, caen en la relajación del buen gusto, estragándolo y envileciéndolo.

¡Cuan injustos fuimos con el llorado autor de La Plasmatoria, recordada anoche ante las escenas de esta obra!

Jardiel Poncela ha creado un tipo de humorismo de una vulgaridad y de un cinismo aterradores.

La que hoy nos ocupa reúne todos los defectos de sus obras anteriores, agrandados por un complejo de inferioridad y por una despreocupación ante normas y principios merecedores de respeto, que llegan a indignar al público.

Creemos a Jardiel Poncela totalmente infortunado en esta estultez en hora mala estrenada.

Formalmente, podemos decir que no gustó, y prueba de ello la dio el público tolerando con su benevolencia las bromas cuya seriedad no es para tratada con tan poca consideración y en el tono burlesco, a veces bajuno, que tristemente presenciamos.

Realmente, sería un dolor que en los momentos actuales siguiese el teatro por los derroteros que le señala la obra de este escritor decadente.

Creemos que por imperativos de decencia y hasta de moralidad patriótica, cuando no por razones de mayor arraigo en nuestro espíritu, se hace necesaria una depuración en nuestra escena y una labor de vigilancia o de control en los estrenos para salvaguardar los valores espirituales tan vergonzosamente atacados en ese engendro cómico-burlesco de la peor especie literaria y artística.

El lector.-En la primera se traduce el entusiasmo. Pero en la segunda, la mala fe es evidente.

El autor.-Exacto. Como se advierte también en la segunda falta de buen gusto y de delicadeza de quien la escribió: cualidades que había necesitado para estimar la obra, como dice muy bien el cronista que escribió la primera.

El lector.-Bueno... ¿Y qué hacen ustedes, los autores inteligentes, cuando los críticos los zarandean así?

El autor.-Pues alguno, como yo, zarandea igual a los críticos. Sólo que las palabras tuyas contra nosotros suele borrarlas el éxito de nuestros escritos, y las palabras nuestras contra ellos no pueden ser borradas por el éxito de los escritos tuyos. Además, las nuestras duran más tiempo...

El lector.-¡Buen desquite!

El autor.-Sí. Pero insuficiente. Habrá que ir pensando en hacer algo más...

MI PROPIA CRITICA

Y ahora me toca a mí...

Voy a ser breve, pero contundente. Un marido de ida y vuelta, con Cuatro corazones con freno y marcha atrás y varias otras de sus hermanas, está considerada en mi interior como una obra de arte todo lo perfecta que permite nuestra imperfecta condición humana de creadores. Igual que esas otras, fue escrita sometiéndola a un sentido del juicio y a un gusto personales e intransferibles sin pensar para nada ni en el gusto ajeno ni en el ajeno sentido de juicio; razón, tal vez, de sus iguales y ruidosos éxitos. (Al llegar aquí, el lector puede trasladarse de nuevo a cuanto allí he dejado dicho, al hablar de Cuatro corazones, aplicable a este caso de Un marido de ida y vuelta.) Un marido de ida y vuelta alcanza justo el punto, altitud y posición artísticos perseguidos en su realización, y -cosa que ocurre con muy pocas obras de arte- tiene padre y madre, como tantas otras de mis comedias. El padre se llama Humorismo, y la madre, Poesía. (Alguna de ellas sale más a la madre, y algunas salen más al padre; pero todas tienen de los dos.) Humorismo violento, a veces acre y descarnado, a veces ingenuo y bonachón; profundo y superficial; en juego a menudo con las ideas y con frecuencia saturado de gracia verbalista; es decir, humorismo español (comicidad) ciento por ciento, o hundred per cent, para decirlo a la inglesa, ya que Un marido de ida y vuelta ha sido tan plagiado fuera de España.

Y poesía universal. Porque la poesía no cambia con las razas ni con los climas.

Y el que, al examinar Un marido de ida y vuelta -comedia compuesta ya con plena libertad de acción permitida por mi situación en los escenarios-, el que, al examinar esta comedia, digo, no vea el punto que está engendrada, igual que tantas de sus hermanas, por el humorismo y por la poesía y no convenga que se halla, como ellas, en un mundo aparte del de la producción teatral cómica y contemporánea, es un farsante o un inferior mental.

Poco queda ya por contar.

Un marido de ida y vuelta pasó de la centésima representación en el Infanta Isabel, arrastrando el público máximo que una comedia es susceptible de arrebatarse en esas representaciones.

El afecto y la simpatía de Serrano hacia mí oscilaron a lo largo de la columna termométrica, en estas cien representaciones, de esta suerte:

Grados

Del estreno a la cincuenta y dos representación..... 100

De la cincuenta y tres representación a la setenta y cinco..... 45

De la setenta y seis a la noventa..... 13

De la noventa en adelante..... 6 bajo cero.

En los últimos tiempos, cuando irrumpía en su despacho del Infanta, me entraba un escalofrío, empezaba a estornudar y tenía que irme a casa a tomar aspirina.

*

REPARTO DEL ESTRENO

PERSONAJES

ACTORES

Leticia..... Isabel Garcés.
Gracia..... Julia Lajos.
Cristina..... Mercedes M. Sampetro.
Etelvina..... María Francés.
Amelia..... Concha Sánchez.
Damiana..... Joaquina Almarche.
Felisa..... Concha Fernández.
Señora de VIGIL. . Tina Jiménez.
Luisa..... Pepita Alemany.
Marta..... Luisa Esquer.
RAFAELA..... Ángeles Fernández.
Pepe..... Rafael Bardem.
Paco Yepes..... Emilio Espinosa.
Elías..... José Orjas.
Díaz..... José María del Val.
Ansúrez..... José García.
Sigerico..... Luis Rodrigo.
Filalicio..... J. Torres Esquer.
Salvatierra..... Adriano Domínguez.
Vigil..... Antonio Ayora.
Pedro..... Gabriel Salas.
Juan..... Eugenio Box.

*

La acción, en Madrid. Época actual.

ACTO PRIMERO

Una alcoba matrimonial, puesta con ese lujo sobrio que tanto se ve en la época moderna en las cocinas. Al foro derecha, gran puerta de dos hojas, de corredera: abierta esta puerta se descubre al fondo, el final de una escalera que parte hacia abajo, conduciendo a las habitaciones interiores.

En el tercer término izquierda, otra puerta más pequeña; otra igual en el primer término del mismo lado, y en la derecha, segundo término, una tercera puerta algo mayor que las dos últimas. En el término segundo de la izquierda, lecho matrimonial, con una pequeña mesita-librería al lado; y en el primer término, junto a la puerta, un sillón. A los pies del lecho y pegado a él, el respaldo de un amplio diván. En el primer término derecha, un tocador, con un silloncito correspondiente. En el foro izquierda, un armario de dos cuerpos, y en medio de ambos, otro cuerpo más bajo, con una escultura encima. Sobre el lecho, en la pared, un cuadro de asunto religioso. Entre el armario y la puerta del foro, incrustado en la pared, un altavoz de radio y, debajo de él, también incrustado en la pared, el aparato. En la esquina que forma el lateral derecha y el foro, un sillón con otra mesa redonda, delante, y una lámpara de pie al lado. Luz, igualmente, sobre la mesita de al lado de la cama, la cual mesita aparece atestada de tubos y cajitas de medicinas

Al levantarse el telón, las luces, encendidas, y las puertas, cerradas. Es de noche. Cerca de las once. En escena, *Leticia, Gracia, Díaz y Amelia.*

Leticia es una muchacha de veintitantos años, muy linda y provista de considerables cantidades de sex appeal. Se halla ante el tocador, acabando de vestirse en traje de egipcia que Cleopatra no hubiera desdeñado vestir, por lo cual hay que felicitar a LETICIA, ya que ella, al vestir el traje, se propone personalizar a Cleopatra. *Gracia* tiene seis u ocho años más que Leticia y un aire entre experto y escéptico. Viste un traje de china, y se halla retrepada en el diván, fumando. *Díaz* es un buen señor con lentes, su buen bigote y algo cara de primo: se parece bastante a Emilio Zola. Y en cuanto a *Amelia*, se trata de una doncella rápida y despierta, que está ayudando a vestir a Leticia, bajo la supervisión de Díaz, y que lleva en las manos el tocado de cabeza del traje de Leticia, un cingulo, un collar, seis pulseras y un brochecito de plumas en forma de abanico, igualmente perteneciente a la toilette egipcia. La radio que hay incrustada en la pared toca a tono brillante una música de jazz y, al través del altavoz, el estruendo es formidable.

EMPIEZA LA ACCIÓN

DÍAZ.-Los pliegues deben ir transversales... (Marca unos pliegues en el traje de Leticia.)

Leticia.- (Que no logra oírle con el ruido.) ¿Cómo?

DÍAZ.-;Transversales! E inclinados de izquierda a derecha.

Leticia.-No le entiendo una palabra. (A Amelia, señalando la radio.)
;Amelia! ;Para ese chisme, por lo que más quieras!

Amelia.-Sí, señora. (Va hacia el foro, quitándose un zapato.)

Díaz.-Realmente, no hay quien lo aguante.

Gracia.-Es irresistible. (Amelia pega con el zapato un par de zurridos en el altavoz y la música cesa. GRACIA a Leticia.) Tenéis un buen procedimiento para parar la radio... (En el foro suenan unos golpecitos, y Amelia entreabre la puerta y queda hablando con alguien que se supone dentro.)

Leticia.-Se ha estropeado, y como está instalada dentro del tabique, hasta que no la arreglen, no hay otro sistema que el zapatazo. Y a veces, también falla. (A DÍAZ.) ¿Qué es lo que me decía usted, Díaz?

DÍAZ.- (Marcándole pliegues en el traje.) Que los pliegues, en los trajes egipcios, van transversales e inclinados de izquierda a derecha... Así.

Leticia.-;No, por Dios! Los pliegues, en los trajes egipcios, van rectos y verticales... Así... (Se los rectifica.)

Amelia.- (Desde la puerta, a Leticia.) Señora: dicen de abajo que han llegado los músicos y un camión con los instrumentos.

Leticia.-;Qué barbaridad! ;Un camión con instrumentos!... ;Y dónde metemos nosotros un camión con los instrumentos? Eso no puede ser... Que se queden los músicos, pero que se lleven el camión con los instrumentos.

Amelia.-Sí, señora. (Medio mutis.)

Gracia.- (A Leticia.) Mujer, si se llevan los instrumentos, ¿cómo van a tocar los músicos?

Leticia.-Tienes razón. (A Amelia.) Entonces que dejen los instrumentos y que se vayan los músicos.

Amelia.-Sí, señora. (Medio mutis.)

Gracia.-Pero Leticia, si se van los músicos no podrán tocar los instrumentos...

Leticia.-;Pues es verdad!

DÍAZ.-Yo sugiero que se queden los músicos y los instrumentos y que se vaya el camión.

Leticia.-;Eso es! (A Amelia.) Que se vayan los músicos y los instrumentos y que se quede el camión. ;Bueno, al revés! En fin, ya sabes lo que quiero decir, Amelia.

Amelia.-Sí, señora. (Se va por el foro, cerrando la puerta.)

Leticia.-;Dios mío! Es que hoy no sé dónde tengo la cabeza... (A Gracia.) ;Querrás creer que llevo una temporada sin saber dónde tengo la cabeza?

Gracia.--Todo el que te conozca se hallará dispuesto a creerlo. Pero no te preocupes, porque aunque no sepas dónde tienes la cabeza, apenas se te nota...

Leticia.-¿Eh? (Por el primero izquierda surge Pepe, vestido de torero. Tiene cuarenta años largos y una hermosísima barba, con alguna que otra cana, pero no muchas, muy bien peinada y arreglada. Es hombre de aspecto distinguido y de aire reposado y suave.)

Pepe.-Oye, Leticia: ¿a ti te parece que es absolutamente imprescindible que...?

Leticia.- (Revolviéndose airada y cortándole.) ¿Cómo que si me parece imprescindible? Pero ¿todavía estás así? ¿A las once menos veinte, cuando ya han llegado los músicos y de un momento a otro va a empezar a llegar la gente? ¿Y todavía estás a medio arreglar?

Pepe.-Pero si ya estoy arreglado del todo. No me falta más que coger el capote y...

Leticia.-; No estás arreglado del todo! ; No estás arreglado del todo! Te he dicho diez veces que te afeites la barba y no te la has afeitado aún... ;Y te aseguro, Pepe, que te la afeitas, o esta noche tenemos el disgusto del año!

Pepe.-No: disgustos, no, Leticia, que ya sabes que cada vez me marcha peor el corazón, y...

Leticia.-;El corazón! Ya salimos con el truco del corazón... Y ahora para no quitarte la barba, serías capaz de traerme un certificado médico. Pero ¿quieres decirme dónde has visto tú un torero con barba ? ; Puede que tengas el valor de decir que has visto algún torero con barba!

Pepe.-No. No he visto ningún torero con barba; pero tampoco veo por qué razón tengo que disfrazarme de torero, sacrificando la barba cuando hay tantos otros disfraces que le permiten a uno conservar la barba entera. Por ejemplo, yo pensaba haberme disfrazado de viejo lobo de mar, y...

Leticia.-;No digas más tonterías, Pepe! Desde las nueve y media me traes en razones, colocándome discos, y andas de aquí para allá, haciendo que haces; y todo es resistencia pasiva para ver si te sales con la tuya de no quitarte la barba. Pero ;por última vez y muy seriamente te digo que te la quites! ¿Me oyes?

Pepe.-Sí, mujer, sí; ya te oigo. ;Qué se va a hacer! Me la quitaré... Claro que la llevo desde hace veinte años, y no niego que la tengo cariño, y que...

Leticia.-;Pepe, ni una palabra más! Ni una palabra más, porque hoy no estoy dispuesta a permitir que me torees.

Pepe.- (Mirándose el traje.) Pues hombre, yo creo que hoy es el día indicado, porque...

Leticia.- (Tajante y pulverizándole con la mirada.) ;;Pepe!! (Al grito, cohibido, Pepe se va por donde vino. Leticia, a Gracia, nerviosa.) No, si acabaremos por tener esta noche una gorda. Ya lo verás.

Gracia.-Es que te has puesto muy intransigente.

DÍAZ.-Y él se defiende de afeitarse. (Acariciándose el bigote.) Porque al pelo se le toma ley, no cabe duda.

Gracia.- (A Leticia.) Te advierto que está la mar de bien con el traje de luces y la barba; parece un torero húngaro. (Por el foro, Amelia, siempre con las prendas que se indicaron en la mano.)

Amelia.-Señora: el mayordomo.

Leticia.-Pasa, Elias. (*Entra el mayordomo. Elías es un tipo de unos cuarenta y cinco años, serio, seco y rígido; tiene un rostro de palo que no parece hecho para reír.*) ¿Qué hay? ¿Cómo anda lo de abajo?

Elías.-Todo está ya listo, señora, después de algunos pequeños incidentes que traigo apuntados para que la señora juzgue. (Saca un cuaderno.) Verbi gratia: (Consultando el cuadernito.) Trajeron las serpentinas y el confetti: tres cajas de cada. Al abrirlas, comprobé que muchas de las serpentinas venían rotas; entonces les dije a los de la tienda que se las volvieran a llevar, porque estando rotas habría que tirarlas; pero me contestaron que todas las serpentinas son para tirarlas, y se marcharon riéndose encima.

Leticia.-; Qué desvergüenza!

Elías.-Gentes sin pudor, señora; de esas que lo echan todo a broma...

Gracia.- (Encarándose con Elías.) ¿Y usted no gasta bromas?

Elías.-No, señora.

Gracia.-¿Ni se ha reído usted nunca?

Elías.-En lo que va de siglo, no, señora.

Leticia.-Adelante, Elias, y no hagas caso a la señora.

Elías.-Por último. (Consultando el cuadernito.) He tenido un pequeño tropiezo con el barman que ha suministrado las bebidas, el cual quería colocarnos triple cantidad de whisky de la encargada, sosteniendo la tesis de que cuando los invitados a una fiesta beben poco, acaban insultando a los empleados del bar. Yo me he opuesto en redondo, alegando que, en cambio, cuando los invitados beben mucho, acaban insultando a los dueños de la casa. A eso replicó él diciendo que por qué les íbamos a privar a los invitados de ese gusto.

Leticia.-; Oh!

Elías.-Entonces yo le llamé (Lee en el cuaderno) «cochino», y le pegué un trastazo. Y entonces él dijo: (Lee en el cuaderno.) «¡Madre mía!», y se lo llevaron sin que hubiera podido decir más.

Leticia.-;Muy bien, Elías! ¿Eso es todo?

Elías.-De incidentes, sí, señora. De otras cosas (Mira el cuaderno), que el encargado del restaurante quiere ver a la señora. No viene a cobrar.

Leticia.-Lo recibiré luego.

Elías.-También quiere ver a la señora el que ha instalado las luces en el jardín. (Consulta el cuaderno.) Tampoco viene a cobrar.

Leticia.-Lo recibiré también. A todos los que quieran verme y no vengan a cobrar, ya sabes que...

Elías.- (Interrumpiendo.) Estoy al tanto, señora. Ya sé que todos los que quieran ver a la señora y no vengan a cobrar los recibe siempre la señora; por la razón de que (Consulta el cuaderno) no viniendo a cobrar, no les vamos a quitar el placer de contemplar a la señora.

Leticia.-Eso es, Elías.

Elías.-Señora... (Se inclina y se va por el foro con su cuaderno.)

Díaz.- (Amable, a Leticia.) A lo mejor esos hombres no vienen a cobrar, porque sólo con verla a usted se consideran suficientemente pagados...

Leticia.-Seguramente.

Gracia.- (Entre dientes.) ¡Qué optimismo tan enfermizo !

DÍAZ.-... porque es que está usted lo que se dice preciosa.

Leticia.- (Mirándose, satisfecha, en el espejo.) Sí. Estoy estupenda.

DÍAZ.-Va usted a hacer una Cleopatra fascinadora.

Leticia.- (Como antes.) Imponente. Realmente imponente. Gracias, Díaz. Se ve que es usted un hombre de buen gusto.

Amelia.-¿Acabamos, señor Díaz?

Díaz.-Sí, sí... (Va de nuevo hacia el tocador.)

Amelia.- (Tendiéndole a Díaz el tocado de cabeza del traje de Leticia.) ¿Esto dónde tiene que ponérselo?

Díaz.- (Cogiéndolo.) Esto es para el pecho.

Leticia.- ¡ Qué disparate! ¿ Cómo para el pecho ? Esto es para llevarlo en la cabeza. (Se lo coloca en la cabeza ante el espejo.)

Amelia.- (Alargándole el cíngulo a Díaz.) ¿Y esto otro?

Díaz.- (Cogiéndolo.) Esto es para la garganta.

Leticia.- ¡No, por Dios! Esto es para la cintura. (Se lo quita y lo deja en el tocador.)

Amelia.-Entonces ¿ esto ?

Díaz.- (Por el collar. Cogiéndoselo a Amelia.) Esto también es para llevarlo en la cintura.

Leticia.- (Quitándose a Díaz.) ¡No, Díaz! Esto es para llevarlo en la garganta. (Lo pone en el tocador y sigue arreglándose.)

Díaz.-Y estas pulseras son para las muñecas...

Leticia.-No. Son para los brazos. (Las coge y las deja en el tocador.)

Amelia.-Pues las de las muñecas, ¿cuáles son?

Díaz.- (Cogiéndole a Amelia otras dos pulseras.) Las de las muñecas son éstas.

Leticia.-¿Cómo ésas? Ésas son las de los tobillos. (Se las quita y las deja en el tocador.)

Díaz.-Pero si las de los tobillos son éstas otras... (Le coge a Amelia las dos últimas pulseras.)

Leticia.-No. (Quitándoselas.) Éstas son las de las muñecas. (Las pone en el tocador.)

Díaz.- (Cogiendo a Amelia el brochecito de plumas.) Y este abaniquito se lleva en la mano...

Leticia.-Esto es un sprit y se pone en la frente... (Se lo quita a DÍAZ y se lo pone en el tocado de cabeza.)

Amelia.- (Agarrando un flabelo, también de plumas, que hay apoyado en el tocador.) Y esto ¿dónde se pone?

Leticia.-Esto es un abanico, y se lleva en mano. (Dentro, en el tercero izquierda, se oye la voz de SIGERICO.)

Sigerico.- (Dentro.) ¡Amelia! ¡Amelia! (Amelia va a la puerta del tercero izquierda, la entreabre, y queda hablando con alguien que se supone que está dentro. Por la derecha, ha aparecido, al mismo tiempo, Cristina, vestida de Catalina de Médicis, y con una manteleta en la mano. Es una muchacha muy mona, de quince o dieciséis años.)

Cristina.-Señor Díaz... ¿Hace usted el favor de decirme dónde tengo que ponerme esto?

Díaz.-Sí, Cristinita, con mucho gusto. (Cogiendo la manteleta.) Esto, en los trajes Médicis, se llevaba ceñido aquí en el talle... (Intenta ponérselo donde dice.)

Cristina.-¿En el talle, tía Leticia?

Leticia.- (Acudiendo.) ¿Cómo en el talle? Esto (Coge la manteleta), en los trajes Médicis, se llevaba colgado de los hombros... (Lo pone donde dice.)

Díaz.- (Volviendo a meter mano en la manteleta-) ... cayendo por delante.

Cristina.-¿ Seguro que cayendo por delante ?

Leticia.-¡ Nada de cayendo por delante! ¡ Cayendo por detrás! (Lo rectifica.)

DÍAZ.- (Metiendo la mano de nuevo.) Y con esto para abajo.

Cristina.-Yo creo que es con eso para arriba.

Díaz.-¿ Para arriba ?

Leticia.-Sí, sí. Con eso para arriba. Tenga usted la seguridad de que en los trajes Médicis eso se lleva para arriba. (Lo rectifica y vuelve al tocador. Mientras, Cristina se va por la derecha, retocándose el traje. Entretanto, Amelia se ha acercado a Díaz y, hablándole, se lo lleva hacia el tercero izquierda.)

Amelia.-Señor Díaz... El señorito Sigerico, que haga usted el favor de ir a ver cómo le queda el traje de trovador, porque dice que lo que usted le ha dicho que eran los pantalones, ahora resulta que son las mangas, y que lo que usted le ha dicho que son las mangas, a él le parece que son los pantalones.

Díaz.-Vamos a ver... (Se va por el tercero izquierda, cerrando la puerta.,)

Gracia.-*(Siempre desde el diván, a Leticia.)* Oye, ¿quién es este señor?

Leticia.-Un especialista en trajes antiguos.

Gracia.-¿Y a qué se dedica?

Leticia.-Nunca se lo he preguntado. *(Ayudada por Amelia, se pone el cingulo, el collar y las pulseras.)*

Gracia.-¿Ha venido a decirnos cómo teníais que poneros los trajes antiguos?

Leticia.-Ha venido a ver si Pepe le coloca en su Compañía de Seguros.

Gracia.-Entonces, ¿vive de los Seguros?

Leticia.-No. Vive de los trajes antiguos.

Gracia.-Es que, al parecer, no sabe una palabra de trajes antiguos.

Leticia.-Por eso querrá colocarse en la Compañía de Seguros.

Gracia.-¿No sabiendo de Seguros?

Leticia.-No sabiendo de trajes antiguos.

Gracia.-Pero vamos a ver... Para colocarse en una Compañía de Seguros, ¿importa algo que no sepa nada de trajes antiguos?

Leticia.-No... Pero ¿quieres decirme qué obstáculo hay para que, no sabiendo de trajes antiguos, se coloque en una Compañía de Seguros?

Gracia.-¡Caramba! ¡Pues el que no sabía nada de Seguros!

Leticia.-¡Pero mujer, tampoco sabe nada de trajes antiguos!

Gracia.-*(Pasándose una mano por la frente.)* ¿Dónde tienes la aspirina?
(Se levanta.)

Leticia.-Ahí. *(Señalando.)* En la mesita de Pepe hay siempre dos o tres tubos.

Gracia.- (Yendo hacia la mesita del lecho.) Está visto... Cada vez que me enzarzo en una conversación contigo, tengo que acabar tomándome una tableta.

Leticia.- Lo mismo le ocurre a Pepe; por eso hay siempre dos o tres tubos en su mesita...

Gracia.- (Rebuscando en la mesita.) Aquí no hay dos o tres tubos: aquí hay doce o trece...

Leticia.- Son de otras medicinas. ¿No ves que Pepe se empeña en que está muy delicado?

Gracia.- ¿Y cuáles son los tubos de aspirina?

Leticia.- Los vacíos.

GRACIA.- Entonces, ¿para qué me has dicho que había aquí aspirina?

Leticia.- Mujer, por si alguno de los vacíos estaba lleno...

Gracia.- Pero ¿cómo habían de estar llenos si están vacíos?

Leticia.- ¡Ay, Gracia! Preguntas demasiadas cosas... Te pareces a Pepe.

Gracia.- (Separándose de la mesita.) ¡Pepe! Lo que no me explico es cómo Pepe te resiste...

Leticia.- ¿Eh ?

Gracia.- Y cómo, estando enfermo del corazón, no ha dado ya un estallido.

Leticia.- ¡Huy!

Gracia.- Hay algunos hombres que al morir tienen que ir al Cielo y Pepe es uno de ellos.

Leticia.- (Desolada.) ¡Dios mío! Entonces, ¿me lo voy a encontrar también allá?

Gracia.- No. Porque tú no irás allá.

Leticia.- ¡Ah! ¡Él, sí, y yo, no! Y Pepe, ¿por qué ha de ir?... ¿Por sus virtudes?

Gracia.- No. Por tus defectos. (Se va por la derecha.)

Leticia.- (Estupefacta.) ¡Por mis defectos! (A Amelia.) ¿Ha dicho por mis defectos?

Amelia.- Sí, señora. Ha dicho por sus defectos.

Leticia.- (Pensativa.) ¡Por mis defectos! (Suena un timbre dos veces.)

Amelia.- Lllaman de abajo. Con permiso de la señora. (Inicia el mutis por el foro.)

Leticia.- Amelia, ¿a ti te parece que tengo muchos defectos ?

Amelia.- (Deteniéndose en la puerta.) A mí me parece que no. Pero de mi opinión no se fíe la señora, porque yo cobro un sueldo en la casa. (Se va, cerrando la puerta.)

LETICIA.- (Despachurrada.) ¡ Qué respuesta! Mi doncella de confianza, mi confidente. La que se pone mi ropa y usa mis perfumes. ¡Y hay que ver qué respuesta! No, claro... Es natural... (Paseándose por la habitación.) Si está una sola... Si, en el fondo, está una sola... (Paseándose y dejándose caer en su silloncito de espaldas al tocador.) Completamente sola... (Queda abismada, desolada, mirando al suelo. Por el tercero izquierda aparece Sigerico. Es un chico de veinte o veintiún años, que se escucha cuando habla, se observa cuando no habla y se admira cuando no habla y cuando habla. Viene vestido de trovador, sin nada a la cabeza, con melena, abrochándose el cinturón y ciñéndose la escarcela.)

Sigerico.-Este señor Díaz es un berzas, que no tiene idea de cómo se vestían los elegantes en el siglo XIII. Si no fuera porque uno sabe de todo... (Intenta mirarse en el espejo del tocador, pero no lo consigue bien porque se lo tapa Leticia.)

Leticia.-¿Te estorbo?

Sigerico.-Sí. (Leticia se levanta dócilmente y va hacia él diván, donde se derrumba de nuevo con aspecto mucho más desolado y dramático que antes. Sigerico se mira al espejo de frente, de lado, de espaldas; se atusa la melena, retrocede, avanza, siempre contemplándose y, al fin, no puede contener más tiempo el entusiasmo que le produce el verse.) ¡Bueno! ¡Estoy colosal! (Después de otras cuantas miradas arrobadas, se vuelve hacia Leticia.) También tú estás muy bien, tía Leticia.

Leticia.- (Resucitando.,) ¿ Verdad ? (Se levanta, como impulsada por un resorte, y se pone junto a Sigerico, mirándose en el espejo.)

Sigerico.-¡Formidable! Claro que... es que somos los más guapos de la familia.

Leticia.-Los únicos guapos.

Sigerico.-Eso es: los únicos guapos de la familia; porque yo salgo a Etelvina que, según decís todos, de joven, y antes de quedarse impedida, era preciosa; y Etelvina y tú...

Leticia.-Como dos gotas de agua. Claro que ella ahora no es ni sombra de lo que fue...

Sigerico.-Y ya ves: para que luego digan que la belleza y el talento no son compatibles... Tú y yo bien guapos somos y, sin embargo...

Leticia.-; Es verdad!

Sigerico.-Yo pienso llegar muy lejos en mi arte, aunque el tío Pepe diga que soy tonto; que se harta de decirlo.

Leticia.-- (Apartándose del espejo con un suspiro.) Pepe nunca ha entendido de cosas artísticas. Ayer, por ejemplo, había yo cogido de la biblioteca el tomo de Sonetos de Shakespeare, y me preguntó que cómo podía aguantar esas latas. Pero a pesar de la opinión de él, tú llegarás a ser un gran escritor...

Sigerico.-¿Cómo escritor? Escritor es lo que pensaba ser hace dos meses. Desde el lunes he pensado ser músico.

Leticia.-Tú llegarás a ser un gran músico, y encontrarás la felicidad... Pero yo... ¡Yo ya!... (Se deja caer de nuevo, desolada, en el diván.)

Sigerico.-¿Qué es eso, tía Leticia? ¿Tienes el día gris?

Leticia.-¿Qué día no es gris para mí? Hoy me parece que tengo el día negro.

Sigerico.-¿A pesar de la fiesta? ¿A pesar del baile de trajes?

Leticia.-*(Irónica, con aire de persona para quien todo lo del mundo es una cosa pocha.)* ¡ La fiesta! ¡ El baile de trajes!

Sigerico.-*(Sentándose a su lado y adoptando el mismo aire que ella.)* Dices bien. ¡ La fiesta! ¡ El baile de trajes! ¡Qué razón tienes!

Leticia.-¡ Y la vida! ¡ La muerte! ¡ La dicha! ¡ La desgracia!

Sigerico.-¡Es verdad! ¡La vida! ¡La muerte! ¡La dicha! ¡La desgracia! *(Suspirando profundamente.)* También en eso tienes razón.

Leticia.-Sólo tú me comprendes.

Sigerico.-¡ Claro! Como tú sola me comprendes a mí.

Leticia.-Por algo nos parecemos tú y yo a Etelvina.

Sigerico.-Somos dos almas gemelas.

Leticia.-Justamente. *(Por el tercero izquierda aparece Díaz llevando en la mano el gorro del traje de Sigerico con una pluma delante, y un laúd. Deja las dos cosas sobre una silla. Leticia y Sigerico ni le miran siquiera.)*

Sigerico.-Dos espíritus selectos que se compenetran.

Leticia.-Exacto. *(Díaz le escucha interesadísimo.)*

Sigerico.-Dos corazones de artista que laten al unísono.

Leticia.-Unísono.

Sigerico.-Unísono.

Leticia.-Unísono. Sigerico, no seas imbécil.

Sigerico.-Somos dos corazones de artista, que laten al unísono... *(Por el primero izquierda entra Pepe, que se dirige a la mesita.)*

Leticia.-*(Que ve a Pepe, furiosa.)* Pero ¿ otra vez ?

Sigerico.-Ahora lo he dicho bien.

Leticia.-¡No, te digo a ti! *(A Pepe.)* ¿Otra vez aquí, sin haber empezado a afeitarte, Pepe? ¡A las once menos diez!

Pepe.-Venía un momento a buscar las gotas, que ya se me olvidaba tomarlas... (Busca en la mesita y coge un frasquito.)

Leticia.-¡Las gotas! Ahora es el pretexto de las gotas... (Volviéndose hacia Díaz.) ¡Díaz!

DÍAZ.- (Solícito.) Señora...

Leticia.-Haga el favor de vigilar a Pepe, para que no deje de empezar a afeitarse ahora mismo.

DÍAZ.-Sí, señora. Es una misión penosa para el que sabe el cariño que se le toma al pelo; pero ahí voy, sí señora. (Se reúne con Pepe junto a la mesita, Leticia vuelve a retrepase en el diván, de espaldas a ellos, en una postura lánguidamente melancólica.)

Leticia.- (A Sigerico.) Sigue...

Sigerico.-Los demás no pueden entendernos, tía.

Leticia.-No. Los demás no pueden entendernos.

Díaz.- (A Pepe, por Leticia y Sigerico.) Oiga usted: ¿qué les ocurre?

Pepe.- (Iniciando el mutis.) Que los dos se parecen a Etelvina.

DÍAZ.-¿ Eh ?

Pepe.-Y que Etelvina es completamente idiota. (Se van ambos por el primero izquierda.)

Sigerico.-Porque tú y yo, tía Leticia, llevamos dentro, desde niños, un no sé qué...

Leticia.-Precisamente. ¡Un no sé qué!... ¡Qué bien lo expresas!

Sigerico.-Un no sé qué que nos hace sentir... qué sé yo qué cosa, ¿no es cierto?

Leticia.-Es cierto.

Sigerico.-Y que a ratos nos pone cualquiera sabe cómo, ¿eh?...

Leticia.-Eso, eso...

Sigerico.-... haciéndonos pensar a saber qué, ¿no?...

Leticia.-Sí.

Sigerico.-... sin que podamos decir lo que sentimos ni lo que pensamos, ¿verdad?

Leticia.-¡ Precisamente! Yo me analizo, y eso es lo que me pasa precisamente.

Sigerico.-Tú te has casado con un hombre vulgar.

LETICIA.- (Incorporándose, muy seria.) ¡Sigerico! ¡Pepe es tu tío!

Sigerico.-Sí, y a pesar de ello es un hombre vulgar. Porque un hombre que opina que los Sonetos de Shakespeare son una lata...

Leticia.- (Echándose de nuevo en el diván.) Me es muy doloroso escucharte, pero te escucho porque aún no son las once.

Sigerico.-Tú te has casado con un hombre vulgar y no te sientes feliz, tía Leticia.

Leticia.- (Suspirando.) La felicidad... (Hace un ademán de desaliento, digno de Sara Bernhardt.) ¿Sabemos siquiera lo que es felicidad?

Sigerico.-Tienes razón. No sabemos nada. Ni siquiera sabemos por qué después de tomar alcachofas el agua que se bebe está dulce.

Leticia.-Eso no es tuyo.

Sigerico.-No. Eso se lo he oído decir a Paco Yepes. Pero como ahora venía bien... (Volviendo al tono de antes.) Pues tú no te sientes feliz, y yo, a mi vez, cuando sea un gran escultor... me casaré con la prima Cristina, o con cualquier otra muchacha igual de insignificante, y seré un desdichado como tú, tía Leticia. (Leticia suspira y se seca una lágrima de pronto.) Y escribiré también un Diario íntimo: que empezará igual que el tuyo: «Tengo veintisiete años ligeros como plumas y un corazón que me pesa como el plomo.»

Leticia.- (Olvidándose del llanto e incorporándose de pronto.) ¿Has leído mi Diario?

Sigerico.-Sí. La otra noche, cuando hiciste que te lo dejabas olvidado en la mesita para que lo leyera el tío Pepe.

Leticia.-¿ Y Pepe no lo leyó ?

Sigerico.-No. El tío lo cogió, lo hojeó y volvió a dejarlo donde estaba, diciendo...: «Ésta acaba en Leganés.»

Leticia.- (Saltando.) ¿Dijo eso?

Sigerico.-Sí.

Leticia.- (Volviendo a dejarse caer en el diván fríamente.) Tienes razón. Es un hombre vulgar.

Sigerico.-Ya sabía yo que te lo parecería a ti también. Como sé que, en cambio, te parece un hombre extraordinario Paco Yepes.

Leticia.- (Levantándose.) ¡Calla! ¡Calla! (Avanza solemnemente y da unos pasos por la habitación, en una actitud de heroína trágica.) Me he traicionado a mí misma. ¿Sería posible? {Encarándose con Sigerico.) ¿Cómo has podido averiguar eso? ¿Quién te ha dicho eso?

Sigerico.-Pero tía Leticia, si lo tienes escrito en cuatro o cinco páginas de tu Diario, con letras así de gordas...

Leticia.- (Abrumada.) ¡Es verdad!

Sigerico.-Seguro que eso lo leyó también el tío.

Leticia.-;Él! (Como antes.) ;Dios mío! ¿Leería él el nombre de Paco Yepes? (Por el primero izquierda vuelve a aparecer Pepe, como antes.)

Pepe.-Oye: ¿y Paco Yepes?

Leticia.-;Ay! (Retrocede un paso, nerviosísima.)

Pepe.-¿Ha llegado Paco Yepes? (Asombrado.) Pero ¿qué es eso? ¿Qué te pasa?

Leticia.- (Balbuciente.) No sé... Me has asustado. No esperaba que salieras tan pronto. Pensaba que estabas afeitándote...

Pepe.-En este momento acaba Díaz de afilar la navaja; supongo que eso te alegrará. Bueno, oye: que no dejes de avisarme en cuanto llegue Paco Yepes.

Leticia.-Sí, sí... (Pepe se va por donde vino.) ;Qué casualidad! ;Qué telepatía! Salir de pronto hablando de Paco Yepes... (Por el foro aparece Amelia.)

Amelia.-Señora, el señorito Paco Yepes.

Leticia.-;Oh! (Entra por el foro Paco Yepes. Es un hombre de treinta y cinco o treinta y seis años, de buena facha, dinámico, y que destila naturalidad. Viene vestido de capitán de los Tercios de Flandes, con gran

chambergó emplumado, bigote a la borgoñona y barba corrida. Como el traje es muy bonito y él es sencillo y desenvuelto, ofrece una gran estampa. Al llegar a la puerta, se quita el chambergó y, haciendo una reverencia, saluda al modo español: rozando el suelo con la pluma del chambergó y subiendo éste en curva hacia la axila izquierda.)

Paco.- (A Leticia.) España y yo somos así, señora. (Leticia y Sigerico quedan parados de admiración.)

Leticia.-;Yepes! (Amelia vuelve a irse.)

Sigerico.-;Ahí va!

Paco.-¿Qué pasa? (Entrando.) ¿Soy un capitán de los Tercios o no soy un capitán de los Tercios? (Fijándose en Leticia con admiración.) Pero Cleopatra me ha dejado chico. ;Vaya un traje precioso! ;Y qué bien le está a usted! (Fijándose en Sigerico.) ;Oye: también tú estás pocho de trovador! ;A ver? Ponte el gorro. (Se lo pone y lo contempla.) ;Bárbaro! ;Sabes tocar el laúd? (Coge el laúd.) Es muy fácil: yo lo estudié dos o tres años y no conseguí tocar, pero es muy fácil. Lo que tiene es que yo, en cuestiones artísticas, soy un ingeniero químico. ¿Dónde está Pepe? Ahí, vistiéndose, ¿no? (Va a la puerta del primero izquierda y se pone a hacer que toca el laúd, como si entonase una serenata, hablando hacia adentro:

;Pepe, sal a la ventana!
;Pepe, si te da la gana!
;Pepe, que ha llegado Paco!
;Pepe, sales o te saco!

Deja el laúd encima de la cama. Mirando hacia dentro.) ;;Ahí va!! Pero ;si está vestido de Machaquito! (Ríe.) ;Y se va a afeitarse! (Volviéndose a Leticia y Sigerico.) ; Se va a afeitarse! Esto es cosa de Leticia.

(Señalándola con el dedo.) Que ha conseguido se quite la barba, por fin. (Mirando hacia el primero izquierda y hablando para adentro.) Pero ¡hombre, Pepe! ¡Quitarte la barba hoy, que vengo yo barbuti! (Hace mutis por el primero izquierda, acariciándose la barba.)

Leticia.- (Viéndole ir, hablando para sí misma, con admiración y sorpresa.) ¡Pues a él le sienta muy bien la barba!

Sigerico.-¿Qué dices, tía? (Por la derecha, Gracia y Cristina, muy risueñas.)

Cristina.-¿Y Paco Yepes?

Gracia.-¿Dónde está Paco Yepes?

Sigerico.- (Señalando el primero izquierda.) Ha entrado a ver al tío.

Cristina.-¿Y cómo viene?

Gracia.- ¿De qué viene? ¿De qué viene? (Por el primero izquierda vuelve a surgir Paco.)

Paco.- (Cantando.) ¡Vengo de bohemio!... (Hablando.) Total, nada... Fíjense, fíjense... (Da una vuelta contoneándose.)

Gracia.-¡Yepes!

Cristina.-¡Huy, Yepes, qué elegante!

Paco.-Tipo. Línea. Percha. A ver quién dice que soy subdirector de una Compañía de Seguros agrícolas... Claro que, viendo a Pepe vestido de torero, tampoco hay quien diga que él es subdirector de una Compañía de Seguros de vida. (Fijándose en Gracia.) A Gracia le sienta colosal el traje oriental. (Fijándose en Cristina.) Y tú, ¿de qué vas vestida?

Cristina.-De Catalina de Médicis.

Paco.-Me lo estaba temiendo.

Cristina.- ¿Cómo?

Paco.-Por cierto, al mismo tiempo que yo, entraba Luciano Salvatierra vestido de César Borgia.

Gracia.-¿Y qué tal resulta?

Paco.-Venenoso.

Sigerico.-Pero ¿ha llegado ya gente?

PACO.-Sí. En el jardín hay unos cuantos insensatos: Vigil, que viene de Napoleón, y que, como tiene ese aire tan derrotado, se han liado todos a hacerle preguntas sobre Waterloo. Su mujer lleva un traje confuso, hecho con unas telas blancas y unas bridas negras, que nadie sabe lo que es, y ya han empezado a decir algunos que viene disfrazada de caballo de su marido. Ansúrez, el médico, viene de diablo, y se ha pillado el rabo con la portezuela al bajar del coche; el chófer ha echado a andar, sin darse cuenta, y le ha dado tres vueltas a la manzana sentado en el suelo. También ha venido Etelvina.

Cristina.- ¿Etelvina?

Sigerico.- ¿Etelvina, disfrazada, a sus años, y...?

Gracia.-Pero ¡si está impedida y no se puede mover de su carrito!...

Paco.-Pero ha buscado un disfraz apropiado. Viene vestida de Maja de Goya, echada en el diván, y la han traído con diván y todo...

Sigerico.-¡Esa Etelvina es única! (Gracia, Cristina y Sigerico ríen. Leticia permanece todo el rato mirando a Paco, sin despegar los labios.)

Paco.-¡Ah, bueno! Ahora que me acuerdo, Leticia: hay que ensayar la aparición de usted en los salones.

Leticia.- (Como si volviera en sí.) ¿Eh?

Cristina.-¿Cómo?

Gracia.-¿Qué dice?

Leticia.-¿Qué dice usted, Yepes?

Paco.-¡Pues eso! (Dirigiéndose a Leticia.) Que, además de ser la dueña de la casa, y una mujer encantadora, y otras cosas más, es usted Cleopatra, y tiene usted que hacer una buena aparición en los salones, bajando la escalera de un modo majestuoso, a los acordes de alguna música triunfal. Pero no es fácil bajar una escalera de un modo majestuoso: es tan difícil como salir de un auto con la chistera puesta sin chafarse la chistera... Por eso hay que ensayarlo. Vamos a ensayarlo ahora.

Leticia.-¿Ahora?

Paco.-Ahora, claro; aprovechando que la gente no puede vernos porque están todos aún en el jardín. (Va al foro, abre la puerta y llama hacia adentro.) ¡Eliás! ¡Eliás! (Vuelve al proscenio.) ¿Qué música podríamos elegir que viniera bien para que bajase las escaleras de un modo solemne Cleopatra ? ¡ Calla! ¡ Ya está! ¿ Qué hora es? ¿Las once?

Sigerico.-Sí.

Paco.-He visto el programa de la radio, y a las once en punto tocan hoy la marcha de Aída. ¡Colosal! Ni hecha de encargo. (Señalando al aparato de radio.) Aquello sigue descompuesto, ¿verdad? ¡A ver! (Buscando a su alrededor.) Algo para pegar fuerte... Algo para darle un trastazo al aparato... (Leticia, sin dejar de mirar a Paco, saca un libro de detrás de un almohadón del diván y se lo da.) ¡Muy bien! Esto mismo... (Va a la pared del foro y pega unos golpes con el libro en el altavoz. Suena en el acto la marcha de Aida.) ¡Ole! ¿No lo dije? (Tarareando la música.) ¡Tan, tan, taran!... (Por el foro aparece Eliás.)

Eliás.-¿Llamaba el señor?

Paco.-Sí. Ven aquí, Eliás. Vamos a ensayar la aparición de la señora en los salones. (Lo coge por un brazo y lo coloca en el centro de la escena. A Gracia, Sigerico y Cristina.) Vosotras, Gracia, Cristina y tú, abajo; a ver el efecto. Y luego me decís lo que os parezca. (Se van los tres riendo por el foro, dejando la puerta abierta, de modo que se les ve bajar las

escaleras y desaparecer.) Tú, Elías, detrás de la señora llevando esto. (Coge el flabelo y se lo pone en la mano a Elías, a quien coloca de espaldas al público y de frente a la puerta del foro.) Leticia saldrá de aquí cogida de la mano de Pepe... (La coge de la mano a ella y la coloca dando frente al foro y de espaldas al público, entre Elías y la puerta. Leticia le obedece.) ¡Eso es! Vamos a probar... ¡Andando! (Tararea, llevando el compás con las manos y dando con el pie en el suelo..) ¡Tan, tan, taran!... (Leticia, en la actitud que Paco le ha dicho, echa a andar hacia la puerta del foro y hace mutis por ella, seguida de Elías que, más serio que un ajo, lleva en manos el flabelo. Se les ve, como a los anteriores personajes, bajar las escaleras y desaparecer, hacia abajo, de la vista del público, al compás de la música. La música cesa de pronto. Paco hace un gesto de contrariedad.) ¡Vaya, hombre! Ahora se ha parado esto... (Va al altavoz y pega un par de golpes con el libro que le dio Leticia y que ha conservado todo el tiempo bajo el brazo. Al dar uno de los golpes se fija en la portada del libro y se detiene, extrañado, a mirarlo. Leyendo la portada.) Diario de Leticia Miñan. Cosas de mi vida. (Interesado, lo abre y lee la primera página.) «Tengo veintisiete años ligeros como plumas y un corazón que me pesa como el plomo.» (Asombrado, sonriendo.) ¡Atiza! (Leyendo más abajo.) «Ayer tarde vino de visita Paco Yepes y, como siempre, en cuanto le he visto...» (Estupefacto y dejando de sonreír.) ¿Qué? (Ya, prendida su curiosidad, empieza a leer el libro para sí, y avanza, abismado en la lectura, hasta sentarse maquinalmente en uno de los brazos del diván. Hay una pausa. En el altavoz empieza a sonar un blue romántico y lento. Paco sigue leyendo, absorto, unos instantes aún. De pronto deja de leer, asombrado, maravillado y asustado.) Pero... ¿qué dice esta mujer? ¿Qué dice esta mujer? (Alzando la cabeza y mirando al vacío.) ¿Y por qué me ha dado el libro ella misma? (Volviendo los ojos al libro.) Pero ¿cómo es posible? (Vuelve a quedar leyendo de un modo concentrado. Por el foro, paso a paso, se ve a Leticia subir las escaleras en dirección a la escena. Abajo se oyen risas. Leticia viene en una actitud de espiar a Paco Yepes. En efecto, al llegar a la puerta, en lugar de entrar francamente, se asoma poco a poco. Así permanecen ambos unos instantes. Él, bebiéndose páginas del Diario y Leticia, mirándole leer. Al cabo, Leticia vuelve atrás, baja un par de escalones despacito y, en seguida, los vuelve a subir, ya ruidosamente, riendo y pisando fuerte. En esa actitud entra en escena.)

Leticia.-(Riendo.) ¡Bueno! ¿Qué hay, maestro de ceremonias? ¿Qué tal lo he hecho?

Paco.-(Alzando la vista y poniéndose en pie.) ¿Eh?

Leticia.-¿Qué tal maña me doy para bajar las escaleras como Cleopatra?

Paco.-(Avanzando hacia ella.) ¡Leticia!...

Leticia.-¿ Qué es eso, Paco ? ¿ Qué le ocurre ?

Paco.-Hasta ahora no la conocía a usted por dentro... Ahora acabo de hojear este libro, y...

Leticia.-(Indignándose y arrebatándole el libro.) ¿Eh? ¿Cómo ha llegado a sus manos este libro? ¿De dónde ha cogido usted ese libro?

Paco.-Me lo ha dado usted misma antes, cuando yo buscaba algo con que pegar en...

Leticia.-(Con una desesperación exagerada.) ¡ Dios mío!... ¡Yo misma! ¡Qué burlas tiene el Destino! ¡Qué vergüenza! (Se deja caer en el diván,

tapándose el rostro con las manos. Paco se inclina sobre ella.)

Paco.-Escúcheme, Leticia.

Leticia.-Déjeme, Paco, por lo que más quiera.

Paco.-Levántese, escuche...

Leticia.-No puedo levantarme, me tiemblan las piernas.

Paco.-Bueno. Me sentaré yo. (Se sienta a su lado.) Míreme.

Leticia.-No me atrevo.

Paco.-Pues no me mire, es igual. (Pasa su brazo izquierdo por detrás de la espalda de Leticia.) Leticia, ¿por qué le da vergüenza decirme de palabra lo que ya me ha dicho por escrito? (En este instante, cuando ella ha reclinado su cabeza en el hombro de él, aparece Pepe por el primero izquierda. Ve el grupo y queda inmóvil, contemplándolos fijamente. Leticia le ve, a su vez, por encima del hombro de Paco, y lanza un grito ahogado, levantándose de un salto.)

Leticia.-¡Pepe! (Duda un momento, no sabe qué hacer y, por fin, echa a correr y, a carrera abierta, se va por el foro y desaparece escaleras abajo vertiginosamente. Paco, que al entrar Pepe se ha levantado también, muy pálido, retrocede hasta la puerta del tercero izquierda. Pepe dirige su vista a la cama y, empuñando el laúd, avanza, dando vuelta a la cama y al diván. Paco, creyendo que se dirige a él a pegarle, levanta un codo, como hacen los chicos cuando les van a dar una bofetada. Pero Pepe no se dirige hacia Paco, sino hacia el altavoz de radio, al que arrea un zurrido tremendo, haciendo añicos el laúd. La música cesa inmediatamente. Entonces, Pepe tira a un lado los pedazos del laúd, y lentamente vuelve a dar la vuelta al diván y se sienta en el sillón del primero izquierda, con un codo apoyado en el brazo del sillón y la barbilla en la mano, meditativo. Paco queda en pie en su sitio, también pensativo, frotando con un dedo, maquinalmente, la madera de la cabecera de la cama. Hay una pausa. Por el foro se ve venir a Elías.)

Elías.- (Desde la puerta, siempre con su cara de palo.) ¿Han llamado los señores?

Pepe.-No. (Elías se inclina y se va, cerrando la puerta. Otra pausa.

Paco lanza un par de miradas furtivas sobre Pepe, que continúa en la misma actitud en el sillón. De pronto, no puede contenerse más tiempo y avanza decidido hacia Pepe, tomando la línea recta; es decir, pasando por encima de la cama.)

Paco.-Pepe, es imposible que yo no te explique...

Pepe.-No tienes nada que explicarme.

Paco.-Aunque hayamos vivido largas temporadas separados, me conoces desde hace veinte años, y...

Pepe.-Sí. A ti te conozco desde hace veinte años, y a Leticia, desde hace once y medio.

Paco.-; Soy un idiota! ; Reconozco que soy un idiota!... ;No me contradigas!

Pepe.-No iba a contradecirte.

Paco.-Y excuso decirte que...

Pepe.-No me digas nada, Paco; no me digas nada... (Una pausa. Paco se levanta desalentado y de pésimo humor contra sí mismo; da unos paseos por la habitación y, de pronto, se atiza un par de bofetadas.)

Paco.-;Maldita sea, hombre!

Pepe.-; Paco!

Paco.- (Arreándose la segunda.) ;Maldita sea mi estampa!

Pepe.-No te pegues, Paco, que cualquiera que nos oiga pensará que te estoy pegando yo.

Paco.-¿ Eh ?

Pepe.-Además tú no tienes la culpa.

Paco.- (Sorprendido.) ; Pepe!

Pepe.-Habrás leído el Diario de Leticia, ¿verdad?

Paco.- (Más sorprendido.) ¿Cómo?

Pepe.-Te lo habrás encontrado encima de algún mueble, así como olvidado al azar...

Paco.-No. Me lo ha dado ella misma.

PEPE.-Eso es nuevo...

Paco.-¿Qué dices? Pero... ¿es que el Diario de Leticia anda de un lado para otro, y...?

Pepe.-El Diario de Leticia danza más que la Paulowa.

PACO.-Pero... ;un libro en el que ella refleja su vida interior...!

Pepe.-Paco, Leticia no tiene ninguna vida interior. Si yo no la quisiese como la quiero, te diría que es una estúpida. A veces, aun queriéndola, se me escapa decirlo. Pero como la quiero todo lo que hay que querer, te diré que Leticia es una menor de edad. Al llegar a los seis años se plantó y sigue teniendo seis, aunque el martes pasado cumplió los veinticinco.

Paco.-En su Diario dice veintisiete...

Pepe.-Sí, se pone años. ¿Conoces tú alguna mujer que se ponga años? En cambio, los niños todos se aumentan la edad para presumir de mayores.

Paco.-Eso es cierto.

Pepe.-Leticia es infantil, incongruente, vanidosa, presumida, y tiene un concepto falso de todas las cosas. Desde hace ya tiempo le ha dado por

decir que yo no la comprendo y coquetea con todo el que se le pone a tiro; pero yo no la pierdo de vista ni a sol ni a sombra, de donde deducirás que la comprendo perfectamente...

Paco.-¡Hombre...! Como que tú eres un águila. ¡Ahí es nada un tío que ha inventado el seguro «familiar-vitalicio-retroactivo-indirecto», que pica todo el mundo y que no hay quien lo cobre...!

Pepe.-Pues para Leticia soy un hombre vulgar.

Paco.-¡Vulgar!

Pepe.-Y para Sigerico también.

Paco.-Pero Sigerico es un niño gótico...

Pepe.-Sin embargo, Leticia lo considera como su alma gemela.

Paco.-¡No me digas!

Pepe.-Eso te dará idea de cuál es la vida interior de Leticia.

Paco.-Bueno, claro... Como Sigerico, aunque es un tonto del bote, se pasa la vida diciendo que va a llegar a ser un gran artista, Leticia lo encuentra simpático. Y es que hay que desengañarse, Pepe: para una mujer un poco soñadora, un hombre que se dedica, como tú, a los Seguros...

Pepe.-Tienes razón. Por eso ella se ha fijado en ti...

Paco.- (Rápidamente.) ¡Eso es! Por eso ella se ha fijado en mí...

Pepe.-¿Y tú a qué te dedicas?

Paco.-A los Seguros. (Después de decirlo se queda despachurrado y vuelve a ponerse de mal humor.) Bueno. ¡Cualquiera entiende a las mujeres!

Pepe.-A una mujer como Leticia no hay que aspirar a entenderla, Paco.

PACO.-Pues ¿qué hay que hacer con una mujer así?

Pepe.-Si las cosas ya no tienen remedio y se la quiere, hay que aguantarla. Y si no se la quiere y las cosas tienen todavía remedio, hay que huirla. (Por el primero izquierda aparece DÍAZ, provisto de un equipo de peluquería casera; un cacharrito con agua, un peine, una brocha, jabón, navaja, tijeras, un paño blanco, etc.)

DÍAZ.-Esto ya está listo. Podemos empezar el afeitado cuando usted guste, don José. (Cruza la escena y se dirige al tocador, donde deja todos los chismes.)

Paco.- (A Pepe.) Pero ¿en serio que vas a quitarte la barba, con la estima en que la tienes, por un simple capricho de Leticia?

Pepe.-Creo que ya no podré darle muchos caprichos ; y, además, ya te he confesado que la quiero. (Levantándose.) De que también te quiero a ti te he dado pruebas hace un momento ... y voy a seguir dándotelas ahora. (Cruza la escena hacia el tocador y se instala en el saloncito de perfil al espejo y de frente al público.)

Paco.- (Intrigado, pasando al otro lado detrás de él.) ¿Qué quieres decir? ¿A qué viene todo eso?

Pepe.- (A quien Díaz le ha colocado el paño blanco para afeitarse.) Paco, el médico me ha advertido que no llegaré al verano.

Paco.-¿Qué?

Díaz.-Don José...

Paco.-¿Qué tontería!

Pepe.-No, no es ninguna tontería. El corazón me marcha cada vez peor. Y yo noto que el médico tiene razón cuando dice que estoy abocado a un colapso en el que me quedaré cuando se produzca. En cualquier momento, una impresión fuerte puede acabar conmigo de un golpe. Hace un instante, al entrar en esta habitación, ha podido ocurrirme...

Paco.- (Consternado.) ¡Hubiera sido terrible! Y yo no me lo habría perdonado nunca.

Pepe.-Muy bonito, Paco.

Paco.-Pero me tienes asombrado, porque te oigo hablar de morir como si la muerte fuera una kermesse.

Pepe.-Es que estoy seguro de que, tras esta vida, nos espera una vida mejor, y a mí en particular; acostumbrado a la vida que me da Leticia, la otra me va a parecer imponente.

Paco.-¡Ya!

Pepe.-Y existen otras causas. Delante de Díaz se puede hablar de todo; es hombre leal y de confianza. (Volviéndose a Díaz.) Por cierto que mañana mismo voy a dar orden de que le faciliten el empleo ese que solicita usted en la Compañía.

Díaz.- (Emocionado.) ¡Don José de mi alma!

Pepe.-A ver si se le acaba esa racha de mala suerte.

Díaz.-¿Cuarenta y nueve años de racha en contra llevo ya, don José! Que tengo la negra. Ahora mismo me da no sé qué empezar a afeitarse por si le corto; porque donde yo pongo la mano...

Pepe.-Empiece usted de una vez, hombre de Dios...

DÍAZ.-En fin... (A PACO.) Si tendré mala suerte, señor Yepes, que una vez me caí de espaldas y me rompí la nariz...

PACO.-Sí; conozco la historia. (DÍAZ empieza a recortarle y afeitarse a Pepe un lado de la barba.)

Pepe.- (A Paco.) Pero hay además, Paco, que yo me encuentro en el límite de la resistencia económica.

Paco.-¿Es posible? ¿Con el dineral que ganas?

Pepe.-Leticia es capaz de agotar las minas del rey Salomón. En la casa

se gasta tanto, que estoy citado con la ruina para dentro de unos meses. Pero si me muero no acudiré a la cita; y Leticia quedará libre de cuidados para una temporada, porque le he hecho un seguro.

Paco.-¿ Un seguro «familiar-vitalicio-retroactivo-in-directo» de esos que tú has inventado?

Pepe.-No, hombre; si le hubiera hecho un seguro de los míos, iba lista. Le he hecho un seguro en serio, para que lo cobre de verdad y en cantidad. Pero de todo ya te enterarás cuando se abra mi testamento, pues te he nombrado albacea. Lo que quería decirte es más serio.

Paco.-¿Más serio aún?

Pepe.-Sí, porque afecta a tu felicidad. (Solemnemente, después de una pequeña pausa.) Paco, cuando yo me muera, no te cases con Leticia.

Paco.- (Asombrado.) ¿Eh? ¿Qué? (También Díaz hace un alto en su faena, estupefacto.)

Pepe.-Que cuando yo me muera no te cases con Leticia.

PACO.- (Protestando lleno de buena fe.) Pero ¡Pepe! ¿Cómo puedes suponer que yo...? ¿Cómo puedes pensar que yo, muerto tú...?

Pepe.-Pues porque lo pienso. Porque cuando alguien se muere, después del luto riguroso viene el medio luto, y luego, el alivio. Y porque existen amigos de medio luto.

Paco.-¡Pepe! ¡Yo soy un amigo de luto riguroso!

Pepe.-Sí. Pero Leticia es de alivio, Paco. Al principio os reuniríais para hablar de mí; luego os reuniríais para hablar de vosotros mismos. Por fin, picarías y te casarías con Leticia. ¡Ojo! Si no quieres ser desgraciado, no te cases con ella. Agotado el capitalito del seguro que voy a dejarle, Leticia te obligaría a trabajar como un negro para subvenir a gastos enormes; y luego se quejaría de que estabas todo el día trabajan-doy de que no la hacías ningún caso. Te volvería tarumba con caprichos absurdos y con incongruencias constantes. Tendrías que leerte los primeros actos de todas las comedias para contárselas, pues ella jamás llega al teatro a tiempo de oír ningún primer acto. Cada conversación con Leticia te dejaría atontado, jadeante y con tal dolor de cabeza, que pronto te convertirías, como yo, en un virtuoso de la aspirina. De pronto, un buen día ella caería en la cuenta de que no la comprendías; éste sería el momento en que tú empezarías a padecer del corazón. Y, por último, al cabo de ocho o diez años, una noche cualquiera en que pensaras en la muerte más que de costumbre, puede que le dijese esto mismo a un amigo de tu afecto para evitarle desdichas parecidas.

Paco.-Todo eso está muy bien, y te doy mi palabra de honor de seguir tu consejo si llegase el caso. Pero por fortuna son ganas de hablar por hablar, Pepe. Estás perfectamente de salud, y lo que tienes es aprensión.

Pepe.-Bueno; pero reflexiona despacio cuanto te he dicho y mírate en mi espejo...

Paco.-Tú eres el que debes mirarte en tu espejo, para que vayas viendo cómo estás sin barba.

Pepe.-¡Hombre, es verdad! A ver qué efecto me hace... (Y Pepe, a quien

Díaz ha terminado ya de afeitarse, se levanta y se mira en el espejo del tocador. Nada más verse, da un grito y se lleva una mano al corazón.)
¡Aaaaay! (Vacila, da una vuelta sobre sí mismo y cae desmayado en brazos de Paco y de DÍAZ.)

Paco.-¡ Arrea!

DÍAZ.-¡ Dios mío!

Paco.-El colapso, Díaz... ¡El colapso! ¡Esto es el colapso!

DÍAZ.-Pero ¿de qué le ha dado?

Paco.-De verse sin barba.

Díaz.-De verse sin barba... ¡Claro! ¡Si se la he afeitado yo! ¡Si tengo la negra!

Paco.-Ayúdeme... Vamos a acostarle.

DÍAZ.-Sí, señor; sí, señor. (Entre los dos cargan con Pepe y lo llevan a la cama, donde lo echan.)

Paco.-Y vaya usted abajo escapado. Dígaselo a la señora con precauciones..., y tráigase usted inmediatamente al doctor Ansúrez, que está entre los invitados.

Díaz.-Sí, señor.

Paco.-¿Le conoce usted?

Díaz.-No, señor.

Paco.-No hay confusión posible porque viene vestido de diablo.

DÍAZ.-Sí, señor. (Se va escapado por el foro. Al quedar a solas con Pepe desmayado, Paco se inclina sobre él, le espurrea la cara con agua que coge de la mesita y le da cachetitos para hacerle reaccionar, habiéndole con acento fraternal y emocionado.)

Paco.-¡Pepe! ¡Pepe, chico! Pero... ¿será posible que esta criatura?... Pero ¿es que se va a morir de veras esta criatura? ¡Pepe! Pepe, no te mueras, hombre, no seas primo. Parece que ya abre los ojos... ¡Pepe!

Pepe.- (Abriendo los ojos.) Hola, Paco ¿Qué hay?

Paco.-Eso te digo yo a ti. ¿Qué hay?

Pepe.-Hola y adiós.

Paco.-¿ Adiós ?

Pepe.-Sí. Me voy, Paco.

Paco.-¿Que te vas?

Pepe.-Me voy a ir de un momento a otro.

Paco.-Pero ¿qué te vas a ir, hombre? ¿Adonde te vas a ir vestido de

torero?

Pepe.-El traje es lo de menos. Y, además, como al fin y al cabo me voy contento...

Paco.-¿Que te vas contento?

Pepe.-Me voy encantado, Pepe. Confesé y comulgué esta mañana.

Paco.-Eso está bien.

Pepe.-Y tú me has dado palabra de honor de no casarte con Leticia.

Paco.-Desde luego. Pero no pienses en eso. Esto es un arrechucho sin importancia, que ya ha pasado...

Pepe.-¡ Ca! Esto es que a medianoche estáis rezándome un responso; y mañana, en Manuel Becerra.

Paco.-No digas cosas raras. Ahora sube a verte el doctor Ansúrez y...

Pepe.-Ansúrez es un besugo que no sabe una jota de Medicina. Verás cómo dice que lo que tengo es reuma... ¡La sorpresa que le voy a dar dentro de un rato, cuando me muera! Os vais a reír...

Paco.-Pero hombre ¿cómo nos vamos a reír? (Por el foro, a todo correr, viene Leticia, seguida de Sigerico, Cristina y Gracia.)

Leticia.- (Entrando.) ¡Dios mío! ¡Virgen Santísima! ¡Pepe! ¡Pepe!
(Atraviesa la escena y se echa a abrazar a Pepe. Sigerico y Cristina se acercan a la cama también.)

Sigerico.-Tío...

Cristina.-Tío Pepe...

Leticia.-¿Qué es eso? ¿Cómo te encuentras? ¿Estás mejor?... ¿Verdad que estás mejor? ¡Dime que estás mejor!

Pepe.-Dentro de un rato estaré bien del todo, Leticia. ¿ Qué ? ¿ Qué te parezco sin barba ?

Leticia.-Guapísimo... ¡Pepe! ¡Pepe mío! (Quedan abrazados hablando aparte.)

Gracia.- (Aparte, a Paco, que se ha separado de la cama al entrar Leticia.) ¿Qué?

Paco.-Que se muere.

Gracia.-¡No es posible!

Paco.-Por desgracia, estoy convencido de que sí. Y él también. Ha dictado testamento; le ha hecho un seguro a Leticia...

Gracia.-¡Jesús! (Paco vuelve al lecho otra vez. Por el foro han ido apareciendo otros invitados al baile de trajes. Vigil, un señor de

cuarenta y cinco años, vestido de Napoleón; su mujer, que lleva una túnica blanca con un cinturón y hombreras negras; Salvatierra, un pollo que va de César Borgia, y detrás, Marta, de marquesa de Pompadour; LUISA, de gitana; Pedro, de piel roja; Juan, de Diego Corrientes, y Rafaela, de romana. Detrás, Elías y Amelia.)

Vigil.- (A Gracia.) ¿Qué?

Señora de Vigil.-¿Que qué?

Gracia.-¡Que se muere!

Salvatierra.- (A los que están más detrás.) Dicen que se muere...

Gracia.-Le ha hecho un seguro de vida a Leticia.

Salvatierra.-Le ha hecho un seguro de vida a su mujer...

Señora de Vigil.- (A Vigil.) Aprende, Ignacio; le ha hecho un seguro a su mujer...

Vigil.-Bueno; pero es que él se va a morir.

Señora de Vigil.-¿Y tú qué crees, que no vas a morirte nunca? (Gracia vuelve al lecho junto a Paco.)

Gracia.-Pero ¿qué ha sido, Yepes? ¿Qué es lo que le ha pasado?

Paco.-Que le ha dado un colapso al verse sin barba.

Leticia.- (Levantando vivamente la cabeza.) ¡Ah! Pero ¿por lo que le ha dado el colapso ha sido por la barba ?

Marta.- (Que está próxima a la puerta del foro; mirando hacia afuera.)
¡El médico!

Luisa y Pedro.- (A un tiempo.) ¡El médico!

Juan y Rafaela.-¡El médico!

Paco.-Aquí viene el médico, Pepe.

Pepe.-¡ Que no entre el médico!

Paco.-¿ Eh ?

Pepe.-Que no entre el médico, que quiero morir de muerte natural.

Paco.- (Sonriendo.) ¡Pero hombre, Pepe!

Cristina.-¡ Qué célebre!

Gracia.-Tiene gracia... (Ríen.)

Sigerico.-Dice que no entre el médico, que quiere morir de muerte natural.

Salvatierra.-¡Ja, ja, ja! ¡Eso es bueno!

Vigil.-; Qué sombra tiene! (Ríen los demás.)

Pedro.-Es un tío salado. (Todos celebran animadamente las palabras de Pepe. Por el foro entra el médico. Ansúrez, un señor de gafas, vestido de diablo, que trae el rabo colgado de un brazo.)

Ansúrez.-;Que no suba más gente!

Amelia.-Descuide el señor; estoy yo aquí impidiéndolo, pero viene doña Etelvina.

Ansúrez.-;Doña Etelvina?

Señora de Vigil.-;Etelvina! ;Viene doña Etelvina en su diván! (Revuelo en todos.)

Marta.-;Aquí la traen! (Por el foro, disfrazada de Maja de Goya, vestida y echada en un diván que traen en vilo entre Díaz y Elías, entra Etelvina, una señora de unos sesenta años, de aire absurdo.)

Ansúrez.-Pero ¿sube usted, Etelvina?

Etelvina.-Me suben, que es más cómodo. He visto morir a toda la familia, y si Pepe se va a morir, usted comprenderá que no voy a hacer una excepción con Pepe... ;A ver! (A Díaz y a Elías.) Ponedme en un sitio donde lo vea bien. (La colocan con diván y todo enfrente a la cama y hacia la derecha.)

Ansúrez.- (Avanzando hacia la cama.) Bueno... Vamos allíá..., vamos allí... (A Pepe.) ¿Qué es eso?

Pepe.- (Al verle.) ;Ja, ja! ;Qué facha!

Ansúrez.- (Desconcertado.) ¿Eh? (Movimiento de sorpresa en todos.)

PEPE.-Bueno, Ansúrez; siempre he dicho que era usted el demonio... (Todos ríen ruidosamente.)

Ansúrez.-Vaya... Más vale que tenga usted esos ánimos. A ver esa lengua. Y ese pulso. (Le reconoce. En ese momento la radio rompe a tocar la música de jazz que sonó en el principio del acto.)

Cristina.-La radio...

Leticia.-;Parad la radio!

Paco.-Dadle un buen trastazo... (Sigerico y Cristina pegan con diversos objetos en el altavoz, sin resultado.)

Cristina.-No se para.

Sigerico.-Ahora no quiere pararse...

AnsúREZ.- (Acabando el reconocimiento.) No importa. Pueden ustedes dejarla tocar tranquilamente. La lengua está bien y el pulso normal.

¡Nada! No tiene importancia.

Pepe.-¡Que no tiene importancia!... ¿Oyes? ¡Cuando yo te he dicho que os ibais a reír!

Ansúrez.- (A Leticia.) No se queda usted viuda por ahora, señora... Esto es reuma.

Pepe.- (Riendo alborozadamente.) ¡Reuma! ¿Has oído? ¡Ja, ja, ja! ¡Reuma! (Paco se deja caer, abrumado, en el sillón del primer término.)

Paco.-Va a ser la muerte más alegre del mundo... (Pepe sigue riendo a más y mejor, y todos ríen con él alborozadamente. La radio toca más fuerte todavía.)

Cae el TELÓN

ACTO SEGUNDO

Living-room, o, para que sea más claro, «saloncito de estar», en la misma casa en que se ha desarrollado el primer acto. La habitación, decorada con el mismo aire sencillo, elegante y moderno. Del primer término izquierda arranca una escalera que simula ser la que antes vimos en el foro partiendo hacia abajo, y que ahora, naturalmente, conduce al piso de arriba. En el tercer término de este mismo lado existe la embocadura de un pasillo que se pierde hacia dentro. Todo este lateral está violentamente oblicuo a la batería. En el centro del foro, gran puerta de una sola hoja, con mirilla de cristal y reja, cerradura y cerrojo de metal blanco. Es la puerta de entrada al edificio, y detrás de ella hay un forillo de jardín. Por fuera, al abrirse, se ve un farol encendido que cuelga del dintel. A ambos lados de la puerta, y también en el foro, por tanto, dos cristaleras que nacen casi de la misma línea del suelo, con farolillos de jardín igualmente. Entre cada cristalera y la puerta, una palmera enana. En el lateral derecha, segundo término, gran puerta que sirve de acceso a otro salón, del que se ve un trocito desde la escena. Entre el primero y tercer términos izquierda, un diván fijado en la pared, con un sillón que da frente al público y una mesita-fumadero delante de ambos. En la derecha, otro diván en forma de ángulo. El trozo más pequeño del diván va adosado a la pared, en el primer término, y el trozo más grande avanza por escena, paralelo a la batería y de cara a ella, llegando casi hasta la mitad del escenario; al final del extremo izquierda, un sillón, y delante del diván, corriendo a lo largo de él, una mesita rectangular de cristal. Sobre el respaldo del diván, objetos de adorno y un jarrón trucado para ser roto a su tiempo. En la mesa de cristal, una lámpara. Otras tres luces, auxiliares, en las paredes; dos encima de las palmeras enanas y otra a la izquierda, entre el arranque de la escalera y el pasillo; la llave en el foro. Al levantarse el telón, la escena, sola. Es de noche, alrededor de la una de la madrugada. El farol que hay en la fachada, sobre la puerta, está encendido y, al través de las cristaleras, se filtra su resplandor y el de la luna, pues es una hermosa noche de otoño. También del pasillo que nace en el tercero izquierda viene una claridad difusa, color caramelo. El resto de las luces, es decir, todas las del living-room, están apagadas. En el piso de arriba suena un piano, que toca el Ejercicio, del Método de Eslava, que empieza diciendo: «Do-mi-do-mi-sol-do-si-la-sol-fa-mi-do», y cuya música llega suavemente hasta la escena. Una pausa, durante la cual

la escena permanece sola, oyéndose el piano. Al rato, el piano se calla. Otra pequeña pausa, y la lámpara que hay sobre la mesita de la derecha se enciende sola. Entonces, por el tercero izquierda, aparece Elías, siempre serio como un ajo, llevando al brazo un batín de hombre, unas chinelas también de hombre y un grueso libro. Viene tarareando el Ejercicio, de Eslava, que tocaba el piano, y se dirige al diván de la derecha.

EMPIEZA LA ACCIÓN

Elías.-Lararirorala, lorariloraro... (Al ver la lámpara encendida hace un gesto de contrariedad.) ¡Esta dichosa lámpara! (Deja el batín sobre el respaldo del sillón de la derecha y las chinelas en el suelo, al pie del diván. Luego apaga la lámpara con el interruptor que ésta tiene y se va con el libro debajo del brazo por la derecha, tarareando.) Larilorararo, lorarorarí... (Mutis. En cuanto Elías ha desaparecido, la lámpara de la mesita vuelve a encenderse sola. Nueva pequeña pausa. Por la derecha torna a aparecer Elías, siempre tarareando y sin el libro.) Lorarirorala, lorarorararo... (Al ver la lámpara, hace un gesto de mayor contrariedad que antes todavía.) ¡Qué poco me gusta lo que ocurre con esta lámpara! (Vuelve a apagarla y se dirige al tercero izquierda. Al llegar a la embocadura del pasillo, se detiene y se vuelve a mirar hacia la lámpara. Así está un ratito, inmóvil, como si esperase que la lámpara se encendiera de nuevo. Por fin, convencido de que la lámpara ya no se enciende, vuelve a tararear, y tarareando se va.) Lorarirolalo, loralarararo... (Mutis tercero izquierda. En cuanto Elías ha desaparecido, la lámpara se enciende sola nuevamente. Otra pequeña pausa. Al cabo de ella, fuera, al otro lado de la puerta del foro, se oyen voces de Paco, Leticia y Cristina, hablando a un tiempo mientras sus siluetas se dibujan en el recuadro de la mirilla. Un timbre repiquetea dos o tres veces. Otra brevísima pausa, y por el tercero izquierda aparece nuevamente Elías ; pero unos instantes antes de que él entre en escena se apaga sola la lámpara de la mesita. Elías va al foro, hace girar el conmutador, dando luz a las tres lámparas auxiliares de las paredes y abre la puerta. Entran PACO, Leticia y Cristina, vestidos de noche. Elías, inclinándose.) Buenas noches tengan los señores.

Paco.-Hola, Elías.

Elías.- (Asombrado, al ver a Cristina, que entra la última.) ¿Eh? ¿Cómo?

Paco.-¿Qué pasa?

Elías.-Perdón, señores... Pero... ¿la señorita Cristina había ido al teatro con los señores?... (Deja abierta la puerta.)

Paco.-Sí.

Leticia.-Sí, claro.

Elías.-¡No es posible!

Leticia.-¿Cómo que no es posible?

Cristina.-¿Que no es posible?

Paco.-¿Qué dice usted?

Elías.- (Balbuciendo.) Pero entonces... ¡Pero entonces!...

Paco y Leticia.- (A un tiempo.) ¿Qué?

Cristina.-¿Qué?

Elías.- (Lleno de confusión y siempre balbuciendo.) Si la señorita Cristina ha ido al teatro con los señores, entonces... ¡Con permiso de los señores! (Echa a correr y, a carrera abierta, se va escaleras arriba, desapareciendo por el primero izquierda y dejando a Paco, Cristina y Leticia hechos un lío)

Paco.-Pero ¿qué es eso?

Cristina.-¿Qué le pasa?

Leticia.-Este hombre no está bien de la cabeza.

Cristina.-Hace días que le noto yo un poco raro.

PACO.-Y yo también. Yo hace días que le noto algo raro. ,

Cristina.-¿Qué es lo que ha sido a hacer ahí arriba?

Leticia.-¿Y por qué se ha puesto tan pálido? Porque se ha puesto pálido...

Paco.-Sí; ¿verdad?

Leticia.-Muy pálido.

Cristina.-Palidísimo.

Leticia.-Y yo juraría que iba temblando...

Cristina.-Toma, ya lo creo que iba temblando. Si casi no acertaba a subir las escaleras...

PACO.-Bueno, aquí baja. Vamos a ver qué era eso. (Elías vuelve a aparecer por el primero izquierda. Viene hecho polvo.)

Leticia y Cristina.- (A un tiempo.) ¿Qué?

Paco.-¿Qué, Elías?

Elías.- (Demudado y muy nervioso.) Nada, señora. Nada, señor. No era nada, no era nada.

Paco.-Pero ¿cómo que no era nada?

Elías.-No, señor; nada. Ciertas cosas que uno no se explica, y cuando uno no se explica ciertas cosas... ¡Eso es! Que no sabe uno qué pensar. ¡Y eso es todo señor, eso es todo! Conque... ¿Mandan algo los señores? ¿Quieren los señores que encienda las luces, o prefieren que las deje encendidas?

Leticia, Cristina y Paco.- (A un tiempo.) ¿Cómo?

Elías.-Las encenderé... (Apaga las luces.) ¡Digo, no! Las dejaré apagadas... (Las enciende.) Así. Abro la puerta, ¿verdad? Muy bien. Abriré

la puerta. (Va a la puerta del foro y la cierra.) ; Ya está!

Leticia, Cristina y Paco.-(A un tiempo.) ¿Eh?

Elías.-(A Paco.) Ahora mismo le diré a la doncella que venga para que ayude a desnudar al señor.

Paco.-¿Qué?

Elías.-(A Leticia.) Y cuando la señora vaya a acostarse y me necesite, no tiene más que llamarme.

Leticia.-; Oooh!

Elías.-Buenas noches tengan los señores... (Tarareando la música de antes, en voz más alta que la normal.) Lararirolaro, lararilarola... (Se va por el tercero izquierda, ante el asombro de Paco, Leticia y Cristina.)

Paco.-¿Qué os parece?

Cristina.-; Pobrecillo! ; Cómo está! Hasta tararea mis ejercicios de piano...

Leticia.-Me alegra que ocurra esto, a ver si te decides (A Paco.) a dejar cerrado el bar de tu despacho cuando salimos de casa.

Paco.-(Absorto por alguna idea interior.) No creo que lo que le ocurre a Elías sea cosa del whisky.

Leticia.-No. No es cosa del whisky, porque lo que le gusta a Elías es la ginebra; pero tú verás de qué va a ser, si no...

Paco.-(Que se ha sentado en el diván de la derecha, pensativo. Con aire preocupado.) Pues no lo sé; pero...

Leticia.-Pero ¿qué?

Paco.-(No queriendo hablar más.) Pero nada.

Leticia.-(De un modo punzante.) Es una respuesta llena de elocuencia y de sabiduría...

Cristina.-Por favor, no regañéis.

Leticia.-(Abriendo mucho los ojos.) ¿Regañar nosotros?

Cristina.-En cuanto os quedáis solos...

Leticia.-; Eh ?

Cristina.-Hace una temporada que, en cuanto os quedáis solos y empezáis a hablar, os ponéis a discutir.

Leticia.-; Naturalmente! No querrás que nos pongamos a discutir antes de haber empezado a hablar...

Cristina.-Pero ¿es que hace falta discutir para hablar?

Leticia.-No. Pero hace falta hablar para discutir.

Cristina.-Bueno; pues no hablemos más, y así no habrá que seguir discutiendo. Voy a preguntarle a Elías si ha llegado ya Sigerico.

Leticia.-Vete con Dios. (Cristina se va por el tercero izquierda.) A esta muchacha, hasta que no se case, no va a haber manera de resistirla. (Encarándose con Paco, que sigue pensativo, ausente y preocupado, sentado en el diván.) ; Mira que decir que tú y yo regañamos en cuanto nos quedamos solos! ¿ Qué te parece ? (Pequeña pausa; en tono irritado.) Estoy hablando contigo, Paco...

Paco.-(Volviendo en sí.) ¿Eh? ;Ah, perdona! Estaba distraído.

Leticia.-; Distraído! Hace ya tiempo que estás distraído a todas horas. Y es que has cogido la moda de no contestarme cuando te hablo. Pero vas a hacer el favor de contestarme cuando te hablo o acabaremos regañando, Paco.

Paco.-Leticia, sabes de sobra que como acabaremos regañando será si te contesto.

Leticia.-;Naturalmente! Como que está muy feo contestar.

Paco.-¿No ves?

Leticia.-Pero está mucho más feo no contestar.

Paco.-;Ya! Y entonces, ¿qué hago?

Leticia.-¿Qué haces? Lo primero que has debido hacer es no invitar a Cristina al teatro; y menos invitarla diciéndole que viniera con nosotros, a ver si así conseguías que, por lo menos una vez, llegásemos a tiempo de oír el primer acto.

Paco.-Tienes razón, porque, después de todo, ni viniendo ella hemos llegado a tiempo...

Leticia.-¿Es culpa mía el que en el momento justo de ir a vestirme desaparecieran las llaves de los armarios ?

Paco.-(Volviendo a la preocupación de antes, y como si hablase consigo mismo.) ;Es verdad! Y ha sido una desaparición muy rara, porque a las once y media, cuando ya habías revuelto Roma con Santiago, buscándolas, las habéis encontrado, de pronto, puestas en las mismas cerraduras.

Leticia.-Que Amelia no sabe dónde tiene la cabeza. Pero ¿vas a echarme a mí la culpa de eso?

Paco.-Yo no te echo la culpa de nada. Me limito a hacer constar que también hoy hemos llegado tarde al teatro, y que, como de costumbre, le he tenido que dar una propina al acomodador para que me explique el primer acto de la obra.

Leticia.-¿Y eso está mal? ¿No viven los acomodadores de las propinas? Lo que sí está mal es que, después de haberte contado a ti el primer acto el acomodador, no me lo hayas contado tú a mi todavía...

Paco.-No... Si acabaré contándotelo; ya lo sé... Bien me lo decía en

vida el pobre Pepe... (Las luces de la escena se apagan, y en seguida vuelven a encenderse.)

Leticia.-; Ay!

Paco.-¿ Qué es eso ? (Poniéndose en pie.)

Leticia.-Soy tonta; un guiño que han hecho las luces, que me ha asustado. (Transición; acercándose a Paco, que ha vuelto a sentarse después de mirar, escamado, a las luces.) ¿De verdad que me lo vas a contar?... Mandaré que nos sirvan café y tendremos un poquito de charla. Porque te pasas la vida trabajando y en todo el día no encuentras un rato que dedicarme...

Paco.-Hay que hacer frente a muchísimos gastos y...

Leticia.-Sí. Pero me tienes abandonada. No me haces caso.

Paco.- (Pensativo.) ¡Que no te hago caso!... También él me anunció que te quejarías de eso...

Leticia.-¿ Quién ?

PACO.-Pepe. (Las luces de la escena vuelven a apagarse en este instante, encendiéndose otra vez en seguida. Paco se levanta bruscamente, mirando las luces, escamadísimo.) ¿Otra vez?

Leticia.-;Ay, qué lata de luces! Mañana sin falta, voy a hacer que vengan a arreglarlas. (Por el tercero izquierda aparece AMELIA.)

Amelia.-Buenas noches tengan los señores. (A Leticia.) Cuando la señora guste, estoy a disposición de la señora.

Leticia.-Voy allá. (Amelia se va por el primero izquierda. Por el tercero izquierda, aparece Cristina, seguida de Elías.)

Cristina.-;Nada! Es inútil... Elías no rige esta noche. (A Leticia y Paco.) ¿Querréis creer que no acierta a decirme si Sigerico ha vuelto ya o si no ha vuelto aún ?

Leticia.- (Iniciando el mutis por el primero izquierda.) Yo sí lo creo. Como creo que con un poquitín de amoniaco volvería a regir inmediatamente...

Elías.- (Que al entrar en escena ha quedado en pie, rígido, en el segundo izquierda.) ¡Por Dios, señora! ¿Qué supone la señora?...

Leticia.- (A Elías.) Tráenos café para el señor y para mí, y tómate tú también una taza; pero bien puro y sin azúcar, que tampoco eso te vendrá mal... (Se va por la primera izquierda, con CRISTINA.)

Elías.- (Ofendido.) ¡Señora! (Volviéndose a Paco con cara de víctima.) ¡Señor! ¿También el señor sospecha que...?

Paco.-No, Elías; yo no creo de ti lo que la señora.

Elías.- (Dando un suspiro de satisfacción.) ¡Ah! El señor es un hombre...

Paco.-Sí. Y la señora es una mujer.

Elías.-Justamente, señor.

PACO.-Y tú un criado que sabes tu oficio y que sólo te emborrachas los domingos.

Elías.-Eso es, señor; los domingos. Y los sábados, desde media tarde: por la semana inglesa.

Paco.-Bueno. Y los sábados desde media tarde, por la semana inglesa. Pero esta noche tú no estás borracho, Elías.

Elías.-No, señor; aunque preferiría estarlo.

Paco.-Lo supongo.

Elías.-Preferiría estarlo, señor; porque... (Misteriosamente.) ¡Hay cosas que...!

Paco.- (Adoptando el mismo tono.) ¡Exactamente! Porque hay cosas que... (Levantándose del diván, acercándose a Elías y cogiéndolo por un brazo.) Por ejemplo... ¿Qué ocurre con las luces?

Elías.-¡Eso mismo! ¡Eso mismo, señor! ¿Qué ocurre con las luces? ¡Cualquiera sabe lo que ocurre con las luces! (Bajando la voz, extendiendo un dedo y señalando la lámpara de sobre la mesa.) ¿Ve el señor esa lámpara? Pues esta lámpara se me ha encendido sola esta noche cuatro veces.

PACO.-¿Y... la bombilla está bien apretada?

Elías.-No puede aflojarse; es de bayoneta.

Paco.-¿Y el flexible?

Elías.-El flexible lo he puesto nuevo ayer, porque ya anteayer...

PACO.-¡ Ya! (Se acercan ambos a la lámpara y la examinan, cada uno por un lado, como si fuera un objeto de museo. Cuando la están contemplando, la lámpara se enciende y se vuelve a apagar. Paco lanza un silbido.)

Elías.-¿Qué hay de eso? ¡Y si fuera esto solo, señor!

Paco.-Sí. ¡ Si fuera esto solo, Elías!

Elías.-Lo menos seis veces en las últimas cuarenta y ocho horas he tenido que colocar en la biblioteca el tomo de Sonetos de Shakespeare, que me he encontrado en diversas habitaciones de la casa, sin que nadie lo hubiera cogido de los estantes. La última vez hace diez minutos.

Paco.-Pues ¿y lo de antes, Elías? Lo de las llaves de los armarios de la señora, ¿eh?

Elías.-¡ Ya lo creo! Y lo otro, ¡ que es aún más grave!

Paco.-¿Qué es lo otro?

Elías.-El señor se ha extrañado, al llegar, de la actitud mía, cuando me he dado cuenta de que la señorita Cristina había ido con los señores al teatro...

Paco.-Sí.

Elías.-Y se ha quedado estupefacto cuando me ha visto echar a correr escaleras arriba...

Paco.-Sí, claro.

Elías.-Ya sabe el señor que, cuando la señorita está en casa, se pasa horas y horas tocando el piano...

Paco.-Llamémosle tocar a lo que ella hace; sí.

Elías.-Yo le llamo tocar por el respeto que, como criado, le debo a la señorita. Pero por lo demás, de sobra comprendo que lo que la señorita hace con el piano es aporrearlo indecentemente: estudiando casi siempre el mismo ejercicio.

Paco.-Exacto.

Elías.-Pues esta noche, señor, el piano ha estado tocando ese mismo ejercicio, igual de mal que lo toca la señorita, desde que los señores se fueron al teatro hasta un poco antes de llegar los señores. Y la señorita no estaba en casa, sino en el teatro, con los señores...

Paco.-¿Qué dices, Elías?

Elías.-Y por eso subí corriendo, asustado, cuando comprobé que la señorita no había estado en casa en todo el rato.

Paco.-¡ Ya!

Elías.-Y por eso bajé como bajé cuando bajé, porque arriba no había nadie, señor.

Paco.-¿ Nadie ?

Elías.-Nadie.

Paco.-Pues eso es gordo, Elías.

Elías.-Muy gordo, señor.

Paco.-*(Agarrándole, de pronto, por un brazo y quedando un instante inmóvil, escuchando en dirección a la derecha, donde ha sonado un golpe.)*
¡Calla! Ahí, en la biblioteca... ¿Has oído?

Elías.-Sí, señor.

PACO.-*(Con energía nerviosa.)* ¡ Vamos a ver! *(Echa a correr arrastrándole y desaparecen por la derecha. Hay una pausa, con la escena sola y, al cabo, vuelven a entrar ambos por la derecha, pensativos, mirando al suelo, despacio y sin hablarse. Paco va hasta el diván de la derecha, donde vuelve a sentarse. Elías queda en pie, detrás del respaldo.)*

Elías.-Otra vez el libro de los Sonetos, de Shakespeare. . .

Paco.-*(Hablando, sin mirar a Elías.)* Elías: ¿estás completamente, fíjate bien, completamente seguro de haber colocado antes el tomo en la librería?

Elías.-Sí, señor.

Paco.-Pues ya lo has visto: ahora estaba abierto y en el atril.

Elías.-Sí, señor.

Paco.-*(Hablando consigo mismo y como siguiendo el hilo de un razonamiento interno.)* Pero ¿por qué va a tener interés en leer precisamente esa lata de los Sonetos, de Shakespeare, cuando nunca hubiera leído sonetos de nadie? Y lo de tocar el piano...

Elías.-¿Decía algo el señor?

Paco.-No, nada; nada...

Elías.-*(Con acento dolido.)* Parece como si el señor desconfiara de mí...

Paco.-¡ No! ¡ Qué ocurrencia! ¿ Cómo voy a desconfiar de tí ni de nadie? Si a mí, particularmente, me están ocurriendo cosas tan gordas como éstas todos los días.

Elías.-¿Al señor? ¿Particularmente?

Paco.-Particularmente, y siempre en momentos..., en momentos especiales. ¡Si yo te contara!...

Elías.-Ábrame su corazón el señor. Ya sabe el señor que yo, para el señor soy, más que un criado, más que un amigo.

Paco.-Tú eres una leonita, Elías, ya lo sé. Pero hay asuntos tan estrictamente confidenciales... ¡En fin! Voy a descubrirte el secreto. Óyeme: hace tiempo que me suceden cosas como éstas y peores que éstas..., justo en los precisos instantes en que entre la señora y yo se establece una corriente de afecto.

Elías.-*(Consternado y estupefacto.)* ¡Señor!

Paco.-¡Más! Bueno, te lo cuento porque si no se lo contase a alguien creo que acabaría por estallar. Pues ¡más aún, Elías! De tal modo surgen cosas raras a nuestro alrededor, interrumpiéndonos todos los instantes afectuosos, que hace ya meses, ¡meses!, que la señora y yo no nos podemos dar un beso.

Elías.-*(Consternadísimo.)* ¡Señor! *(Compasivo.)* ¡Qué desgraciado debe de ser el señor!

Paco.-*(Con cara de víctima.)* Soy el conde de Montecristo de la época moderna, Elías. Porque... tú no sabes lo que es estar meses enteros sin besar a la señora.

Elías.-Sí, señor, ¡cómo no voy a saberlo! Lo que no sé es lo contrario.

Paco.-Es verdad. Pues soy desgraciado yo, Elías, y es desgraciada la señora; y tenemos los dos los nervios tan de punta, que regañamos por las cosas más nimias y... Pero de eso qué voy a contarte a ti, si eres testigo.

Elías.-Sí, señor.

PACO.-Ha llegado un momento en que prefiero estar fuera de casa o hablar

con la señora nada más que de negocios, aunque ya sabes que las mujeres creen que hablar de negocios es hacer una lista de los sombreros que piensan comprarse.

Elías.-Sí, y eso es grave.

Paco.-Pero es que es mucho más grave para mí tratar con la señora de asuntos de la intimidad, porque entonces, fatalmente, ocurre alguna cosa extraña a nuestro alrededor que nos interrumpe: y esas cosas extrañas me producen cada vez más miedo, Elías.

Elías.-Lo comprendo, señor, lo comprendo. (Insinuante, acodándose en el respaldo del diván e inclinándose hacia Paco.) Pero... ¿y el señor?

Paco.-¿ Qué ?

Elías.-¿El señor no ha pensado en la causa... a que pueden obedecer todas esas cosas extrañas?

PACO.-¿La causa? Sí, claro que he pensado en la causa.

Elías.-¿Y no deduce el señor, con su clara inteligencia, lo que puede ser?

Paco.-Sí, Elías; empiezo a deducirlo, aunque hay detalles que me despistan; por ejemplo, lo del piano y lo del tomo de Sonetos de Shakespeare. (Transición.) Pero será mucho mejor que no hablemos de esto, porque cada vez que medito sobre ello o me propongo esclarecer el misterio ocurre también a mi alrededor algo raro que me corta la acción de raíz.

Elías.-¿Es posible? Pues ahora no ocurre nada que... (En este momento, el batín de Paco, que Elías dejó en el respaldo del sillón de la derecha, se desliza y se traslada al diván.)

Paco.- (Levantándose de un salto.) ¡El batín!

Elías.- (Enderezándose.) ¿ Qué ?

Paco.-¡El batín! ¡Estaba aquí y acaba de marcharse allá!

Elías.-¡Caray! Pues es verdad... (Va al diván de la izquierda, coge el batín y lo examina.)

Paco.-¿Lo ves? ¿Lo ves? (Poniéndose atrozmente serio.) No hablemos más de esto, Elías; no hablemos más de esto.

Elías.- (Poniéndose muy serio también.) No, señor; no hablemos más de esto.

Paco.-Retírate.

Elías.-Sí, señor.

PACO.-Y tráete el café que te mandó la señora.

Elías.-Sí, señor. (Con el batín extendido.) ¿ Le pongo el batín al señor o espero a que se lo ponga solo?

Paco.-No; llévatelo y regálaselo a quien te dé la gana... No quiero tocarlo más ni volver a verlo.

Elías.-Sí, señor; sí, señor. (Se va por el tercero izquierda, llevándose el batín. Paco se pasea unos momentos nervioso. Por el primero izquierda aparece Leticia en deshabillé de casa, muy satisfecha del deshabillé y de sí misma.)

Leticia.-Bueno... Aquí me tienes dispuesta a que me cuentes el primer acto de la comedia, para que no digas que le has dado la propina en balde al acomodador. ¿Te gusta este deshabillé?

Paco.- (Mirándola con entusiasmo y olvidando sus preocupaciones, a pesar suyo.) Mucho. Estás muy guapa con él.

Leticia.-¡Vaya! ¡Ya era hora de que te oyese decirme un piropo, sosísimo!... (Acercándose a él y abrazándole mimosa.) ¡Que eres más requetesoso y más!... (En este instante, dentro, en el tercero izquierda, se oye un estrépito espantoso de cristales rotos.) ¡Jesús! (Soltándose de Paco.) ¿Qué ha sido eso? (Se separa de Paco, que vuelve a sentarse tranquilamente en el diván, sin preocuparse en absoluto por inquirir la causa del estrépito, y va hacia el tercero izquierda.) ¡Elías! ¿Qué se ha roto? (Por el tercero izquierda, Elías.)

Elías.-La cristalera del pasillo, señora.

Leticia.-¡Ave María Purísima! Pero ¿dónde tienes los ojos? ¡Qué destrozo más horrible! (Y se va por el tercero izquierda a ver el destrozo.)

Elías.- (En voz baja, a Paco, en el momento en que se quedan solos.) Ya comprenderá el señor que ni yo ni nadie ha tocado la cristalera...

PACO.-¡Hombre, claro! ¿Qué me vas a decir? (Por el tercero izquierda vuelve a aparecer Leticia.)

Leticia.-¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios! (Elías se marcha de nuevo por el tercero izquierda, y Leticia avanza hacia Paco.) Pues hijito, hemos hecho el día... Ya puedes preparar sesenta o setenta duros sólo para cristales.

Paco.-No hay mal que por bien no venga. Me alegro que, gracias a eso, surja esta conversación, porque quería que hablásemos de negocios, Leticia.

Leticia.-Muy bien. Y yo lo que quiero es hablar contigo un rato, cara a cara, sea de lo que sea... (Se retrepa en el diván, muy pegadita a Paco; éste, disimuladamente y mirando escamado alrededor, rehuye su contacto.) Me parece excelente que hablemos de negocios. Precisamente tenía que decirte que he visto unos sombreros...

PACO.-Hace tiempo que me pregunto, Leticia, para qué quieres tantos sombreros, teniendo una sola cabeza.

Leticia.-¿ Eh ?

Paco.-Además, de lo que debemos hablar ahora no es de gastos, sino de todo lo contrario. La quiebra de la Compañía de Seguros ha echado abajo mis planes económicos. Estamos mal de dinero, Leticia. Ya el mes pasado te dije...

Leticia.-Pero Paco, desde el mes pasado no hago más que tirar de la cuerda. Hasta he dado orden de que nos traigan todos los días diez o doce periódicos, porque el traperero le ha dicho a Elías que él nos los comprará, como papel viejo, a cinco céntimos kilo...

Paco.-¡Anda, morena!

Leticia.-No. Si te parecerá un mal negocio...

Paco.-Me parece un negocio estupendo. Te van a dar cinco céntimos por lo que a ti te habrá costado doce o trece pesetas.

Leticia.- (Escandalizada.) ¡Doce o trece pesetas! ¿Un periódico cuesta doce o trece pesetas?

Paco.-Un periódico, no; pero un kilo de periódicos, sí.

Leticia.- (Vencida.) Bueno; en eso puede que me haya equivocado; pero la idea que he tenido anoche para que salgas adelante en tus apuros no es equivocada.

Paco.-¿Una idea? (Por el tercero izquierda entra Elías con un servicio de café en un carrito. Lo pone delante del diván y queda en pie aguardando órdenes.)

Leticia.-Se me ha ocurrido que eches mano de lo mío.

Paco.-¿De lo tuyo?

Leticia.-Sí. Del dinero de mi seguro de vida.

Paco.-Pero Leticia, el dinero de tu seguro te lo gastaste antes de casarnos.

Leticia.-¿Los cincuenta mil duros?

Paco.-Los cincuenta mil duros.

Leticia.-Bueno, claro; es que con los lutos tuve que hacerme cuatro o cinco trajes...

Paco.--¡Cuatro o cinco trajes!

Leticia.- (Con aire compungido.) ¡Vaya por Dios! Está visto que no puedo solucionar tus problemas... (Acariciándole las manos.) ¡Pobrecillo! (En el acto se caen solas dos tazas del carrito.) ¡Ay, Elías, ten cuidado, que hoy estás fatal!

Elías.-Han sido dos tazas que se han caído, señora...

Leticia.-Ya lo veo, ya. (Elías y Paco cambian una mirada de inteligencia. Leticia se vuelve de nuevo hacia Paco, mimosa.) ¿Y qué vas a hacer, pobrecito mío? (Le acaricia la cara.)

Paco.-Leticia, no me toques la cara, que se va a caer la cafetera.

Leticia.-¿Qué dices?

Paco.- (Sonriendo forzosamente.) Nada, una broma. Es una broma.

Leticia.- (Sonriendo.) ¡Mira! Conque, a pesar de todo, el señor tiene hoy ganas de broma... Pues también yo tengo ganas... Y te voy a tirar de esas orejas, que... (Le tira cariñosamente de las orejas.)

Paco.- (Alarmado.) ¡ Quieta, Leticia! (Elías se halla también asustadísimo.)

Leticia.- Y de esas narices, que... (Le tira de las narices.)

Paco.-- (Alarmadísimo.) ¡Quieta, Leticia, por Dios! (En este momento suena, estridente, el timbre de la puerta del foro. Es una llamada continua, apremiante, sostenida.)

Leticia.- (Haciendo transición.) ¡ Huy, qué prisas trae el que sea! ¡Anda a ver, Elías; anda a ver!

Paco.- Déjalo; si no es nadie. (Cambia miradas con Elías.)

Elías.- No es nadie, no. (El timbre sigue sonando.)

Leticia.- ¿ Cómo que no es nadie ? ¿ No está sonando el timbre?

Paco.- Sí; pero que el timbre esté sonando no prueba que sea alguien.

Leticia.-- ¿Que no prueba que sea alguien?

Paco.- (A Elías.) Bueno; anda a abrir para que la señora se convenza.

Elías.- Si es para que se convenza la señora... (Va hacia el foro. El timbre deja de sonar.)

Paco.- (A Leticia.) Pero ya verás cómo no es nadie. (Elías abre la puerta; en el umbral aparece Díaz con sombrero, una gran cartera debajo del brazo y su mismo aire de pobre hombre.)

Elías.- (Extrañado.) ¡Anda! Pues sí que era alguien...

Paco.- (Con asombro.) ¡Era alguien!

Leticia.-- Pero ¿cómo no iba a ser alguien?

DÍAZ.- (A Elías, parado en la puerta.) Elías, tienes que repasar este timbre, porque suena solo.

Paco.- Claro que ha sonado solo.

Leticia.- (Mirando a Paco.) ¿Eh?

Díaz.- Un momento antes que yo lo tocase ha empezado a sonar sin dejarlo. Lo habré estropeado yo, porque como tengo esta mala pata...

Leticia.- No. Eso será que se engancha.

Elías.- Eso es, señora: que se engancha. (Saca la cabeza fuera de la puerta para examinar el timbre y lo hace sonar un par de veces normalmente.)

Díaz.- (Avanzando y quitándose el sombrero.) Muy buenas noches.

Paco.-Buenas noches, Díaz.

Leticia.-Hola, Díaz.

Elías.- (Que ha acabado de examinar el timbre.) ¡Qué se va a enganchar!
(Cierra la puerta del foro e inicia el mutis por el tercero izquierda.)

Díaz.- (A Paco.) Aquí me tiene usted, don Francisco. Ya estaba acostado; pero me he tirado de la cama en el acto y he venido en un vuelo, porque como el aviso era tan urgente...

Paco.-¿Qué aviso? (Esta pregunta detiene a Elías cuando iba a hacer mutis y se queda escuchando con los ojos muy abiertos.)

Díaz.-El telefonazo para que viniera, que acaban de darme.

Paco.-¿De parte de quién?

Díaz.-De parte de usted.

Paco.-¿Desde aquí?

Díaz.-Sí, claro que desde aquí.

Paco.-¿Esta noche?

DÍAZ.-Hace diez minutos escasos.

Elías.- (Yendo en auxilio de Paco y guiñándole un ojo disimuladamente.) Fui yo, señor. ¿No recuerda el señor que me mandó que llamase al señor Díaz para decirle que...? (Se queda sin saber seguir.)

PACO.-¡Ah, sí! Para decirle que...

Paco y Elías.- (Al mismo tiempo. A Díaz.) ¿Qué fue lo que le dijimos?

Leticia.- (Que ha estado mirándolos fijamente durante todo el rato.)
Paco: desde mañana, la llave del bar la guardaré yo.

Díaz.- (A Paco.) Me dijo usted que le trajese las copias a máquina de los Estatutos de la nueva Sociedad en proyecto.

Paco.-Eso es: las copias de los Estatutos.

Díaz.-Las tengo acabadas desde esta mañana. (Abriendo la cartera y sacando unos papeles.) Y sólo me faltaba numerarlas, pero esperaba que usted las mandase a buscar, porque yo, como no quiero perjudicar a ustedes, me había prometido a mí mismo no pisar más esta casa.

Paco.-Pero Díaz...

DÍAZ.-No hay pero que valga, don Francisco. Yo sé que llevo la negra a donde voy. Ya ve usted: en cuanto don José habló de colocarme en su Compañía, se murió don José; y en cuanto usted me colocó en la Compañía suya, la Compañía suya se ha venido abajo. Pero ¿qué le voy a decir que usted no sepa? Si no hubiera sido por la urgencia de su recado telefónico, no vengo aquí, don Francisco. Y menos esta noche...

Paco.-¿Esta noche?

Díaz.-... aniversario de aquella desgracia (Limpiándose una lágrima), de la que tuve yo la culpa. ¡Yo solo! Porque si yo no le hubiera afeitado, no le da el colapso y no se muere, don Francisco.

Leticia.- (Repitiendo como un eco.) El aniversario...

Díaz.-La señora lo había olvidado...

Paco.-¡No, hombre, por Dios! ¿Cómo iba a olvidarlo? Si precisamente habíamos mandado traer café para..., para estar bien despiertos...

Díaz.-A las tres de la mañana...

Paco.-¡Eso es! Para estar bien despiertos a las tres de la mañana.

DÍAZ.-¡Dos años se cumplen a las tres en punto!

Leticia.-¡Dos años ya!

Paco.-¿Y qué hora es?

Elías.-Las tres menos cinco, señor.

Díaz.-En fin... (Iniciando el mutis por la derecha.) Voy un momento a la biblioteca a numerar las copias y me marcho.

Leticia.-Elías, enciéndele las luces al señor Díaz y prepárale el escritorio. (ELÍAS inicia el mutis por la derecha.)

Díaz.- (Deteniéndose en la puerta de la derecha y moviendo la cabeza con remordimiento.) ¡Dios quiera que por haber venido yo aquí no les ocurra a ustedes algo a las tres!

Leticia.- (Extrañada.) ¿A las tres? Paco.- (Con miedo.) ¿A las tres?

Elías.- (Parándose en seco en la puerta de la derecha.) ¿A las tres?

Díaz.-Son tonterías... Pero como yo tengo esta mala estrella, y como dicen que al cumplirse el segundo aniversario es cuando los muertos están más cerca de nosotros... (Va a entrar en la derecha y tropieza con algo y se asusta.) ¡Ah!

Paco.-¿Qué pasa?

Díaz.- (Agachándose, cogiendo un libro del suelo en el umbral de la derecha, y dándoselo a Paco.) Nada. Un libro que se ha caído al suelo. Tome usted.

Elías.- (A Paco, que mira la portada del libro.) Sonetos de Shakespeare.

Paco.- (Leyendo el rótulo.) Sonetos de Shakespeare. (Elías hace un gesto de suficiencia y se va, seguido de Díaz, por la derecha.)

Leticia.- (A Paco, dulcemente.) Ya sé, ya sé que te interesan los Sonetos de Shakespeare... Desde hace días encuentro el tomo encima de todos los muebles. (Orgullosamente.) A ti no te parecen una lata.

Paco.-¿Eh? (Leticia vuelve a sentarse y hace sentar a Paco.)

Leticia.-;Y si supieras la alegría que eso me da! Porque mi miedo era que me resultaras tú también un hombre positivista y vulgar; siendo así que yo te quería espiritual y un poco romántico. Saber que leías a solas este libro me ha compensado de tantos malos ratos como he llevado en los últimos tiempos. ¿Ha sido él el que te ha inspirado los versos que me he encontrado antes, al volver del teatro, en la caja de los guantes ?

Paco.-¿Qué versos?

Leticia.-Sí. Hazte de nuevas.

Paco.-¿Unos versos en la caja de los guantes?

Leticia.-;Qué mal finges! Anda... (Recostándose en él) recítamelos en voz bajita...

Paco.-No me acuerdo... Los escribí ya hace días y...

Leticia.-Voy a bajarlos para que me los leas tú mismo al oído. (Se levanta de un salto. Un reloj dentro da tres campanadas. Muy contenta.) ¡Dios mío! El tiempo que hacía que no pasábamos una noche como la de hoy. (Se dirige hacia el primero izquierda para hacer mutis, y en este instante, por el mismo término, bajando la escalera, aparece Pepe, siempre vestido de torero, que se echa a un lado para dejarla pasar, sin que Leticia le vea al hacer mutis, y eso que ambos, al cruzarse, permanecen unos segundos mirándose frente a frente. Leticia se va, y Pepe, después de dejarla paso, se queda mirándola hasta que ella desaparece escaleras arriba.)

Pepe.-; Qué guapa está! (Paco, que por el contrario, ha visto a Pepe perfectamente en cuanto ha aparecido, ha ahogado un grito y ha quedado en pie, inmóvil y como clavado en la alfombra. Pepe se vuelve a mirar a Paco y le contempla de hito en hito unos momentos.) Hola.

Paco.- (Tragando saliva, casi sin voz.) Hola... (Por la derecha aparece Elías, el cual tampoco ve a Pepe, y se encara con Paco.)

Elías.-¿Se marchó la señora, señor?

Paco.-¿Eh? ¡Ah! Sí, sí... Se marchó...

Elías.-Menos mal que han dado las tres y no ha ocurrido nada extraordinario...

Paco.-Sí. Menos mal. (Le hace señas a Elías inútilmente para que se dé cuenta de la presencia de Pepe.)

Elías.-Pero ya sé que el señor prefiere que no se hable de esto.

Paco.-Sí, sí, claro. Lo prefiero.

Elías.-Cuando el señor necesite algo no tiene más que llamarme.

Paco.-Sí, sí... (Elías, muy extrañado de la actitud y gestos de Paco, inicia el mutis.)

Elías.- (Parándose en el tercero izquierda un instante a mirar a Paco. Compasivo.) ¡ Pobrecillo! Con todas estas cosas, a veces ofrece síntomas

de decadencia... (Se va.)

Pepe.- (Avanzando hacia PACO.) Comprenderás que no tengo confianza ninguna en tu palabra de honor... Porque me diste tu palabra de honor, recuérdalo: tu palabra de honor de no casarte con ella.

Paco.- (Balbuciente.) Pepe...

Pepe.-¿Qué vas a decirme? ¿Que no lo volverás a hacer? (Moviendo la cabeza con melancolía y sentándose en el diván de la derecha.) ¡ La amistad! La amistad es, como el Diluvio, un espectáculo del que todo el mundo habla sin haberlo visto.

Paco.- (Consiguiendo al fin romper a hablar.) Pero, Pepe..., ¿eres tú?

Pepe.-¡ Claro! ¿ Quién voy a ser yo más que yo ?

Paco.-Pero... vestido de torero...

Pepe.-Así me morí...

Paco.-Entonces..., entonces, ¿eres un espectro?

Pepe.-¿Qué quieres que sea más que un espectro?

Paco.-¿Y a qué vienes?

Pepe.-Vengo a estar aquí. A vivir aquí.

Paco.- (Desconcertado.) ¡A estar aquí! ¡A vivir aquí!

Pepe.-Por lo demás, estoy aquí desde hace mucho tiempo. Sólo que hasta hoy no me he hecho visible.

Paco.-Leticia no te ha visto... Ni Elías...

Pepe.-Puedo ser visible para todos cuando quiera; pero ahora sólo soy visible para ti. Y espero que no irás a asustarte después que llevo tres meses largos haciendo cosas para que fueras habituándote a la idea de mi aparición...

PACO.-¿Todo lo que has hecho en estos tiempos lo hacías para que yo me diese cuenta de que te me ibas a aparecer?

Pepe.-Sí; muchas de las cosas para eso. Y otras, por gusto.

PACO.-Tocar el piano. ¿Tocar el piano lo has hecho por gusto?

Pepe.- (Un poco avergonzado.) Sí... Estoy aprendiendo.

Paco.-¿Estás aprendiendo a tocar el piano?

Pepe.-¿Qué quieres ? Ahora que no me veo obligado a ganarme la vida con los Seguros, me atrae el arte.

Paco.-Entonces ¿eras tú también el que te dedicabas a leer los Sonetos de Shakespeare?

Pepe.-Sí; son muy buenos. Antes me parecían una lata; pero ahora

comprendo que son muy buenos. Sobre todo, aquel que acaba diciendo:
«Lilies that fester smell far worse than weeds.»

Paco.-Y muchas de las cosas que has hecho..., ¿no las hacías para evitar las escenas de afecto entre Leticia y yo?

Pepe.-¡Bah! Un par de bromas sin importancia...

Paco.-¿Sin importancia? Hace tres meses que no consigo darle un beso a Leticia...

Pepe.-Pero no irás a decirme, Paco, que dar un beso sea hacer algo importante.

PACO.-Y habrás sido tú también, claro, el que le ha escrito a Leticia unos versos...

Pepe.-Sí. Reconozco que empezar a hacer versos a mi edad es una chiquillada; pero ¡es que ahora me atrae tanto el arte!...

Leticia.- (Por el primero izquierda, con un papel.) ¡Aquí están los versos! ¡Son preciosos! Toma. (A Paco.) Anda, léemelos. Mira, tú te sientas aquí, en el suelo, al pie del sofá (Pone un almohadón en el suelo) para estar más cerquita de mí. Y yo me siento aquí y me echo aquí... (Se tumba en el diván con los brazos cruzados detrás de la nuca, de manera que queda con la espalda y la cabeza apoyados en las rodillas de Pepe, a quien no ve ni siente, como ya se ha dicho.)

Paco.- (A Leticia.) ¡No! ¡Ahí no te pongas!... (Nerviosamente.) ¡No te pongas ahí! (La levanta bruscamente.)

LETICIA.-¿Por qué no? ¿Qué te ocurre? ¿Por qué no voy a echarme en el sofá?

Pepe.- (A Paco.) ¿Por qué no se va a poner aquí? ¿Qué de particular tiene? Es mi viuda.

Paco.- (A Pepe, por encima del hombro de Leticia.) ¡Es mi mujer! ¡Es mi mujer!

Leticia.-¿Qué dices, Paco? ¿Quién es tu mujer?

Paco.-¡ Tú!

Leticia.-Ya lo sé; pero ¿ a qué viene eso ? ¿ Por qué dices que soy tu mujer a grito pelado?

Paco.-Para que se entere todo el mundo. Porque te quiero y para que se entere todo el mundo...

Leticia.-¡Oh! Eres un apasionado, Paco...

Paco.- (A Leticia.) ¡Siéntate tú en el almohadón!

Leticia.- (Disponiéndose a obedecer.) Bueno, mejor; ¡buena idea! Así a tus pies... (Se sienta en el almohadón.) Ahora, tú ponte en el sofá. (Paco se sienta en el diván, junto a Pepe, y le hace un gesto, como diciendo: «Te fastidias, que me he salido con la mía.») ¿Qué miras ?

Paco.- (Disimulando.) Nada. Creí que tenía manchado el hombro. (Se sacude el hombro de un polvo imaginario.)

Leticia.- Lee, anda... / .

Paco.- (Leyendo el papel.)

Yo antes no era poeta ni comprendía el arte;
por eso me reía cuando,
con tu alma inquieta,
de mi modo de ser te oía lamentarte:
¡yo antes no era poeta!

(Dejando de leer.) Ni ahora tampoco.

Leticia.- ¿ Eh ?

Paco.- Esto es muy malo.

Leticia.- ¡ Qué va a ser malo!

Pepe.- ¡Qué va a ser malo!

Paco.- (Encarándose con Pepe.) ¡Lo dirás tú!

Pepe.- ¡ Claro que lo digo yo!

Leticia.- (Que por haber reclinado la cabeza en el diván y tener el rostro de frente al público, no se da cuenta de que Paco, al hablar, se dirige a Pepe y supone, claro está, que se dirige a ella misma.) ¡Claro que lo digo yo!

Paco.- (A Pepe.) ¡Pero tú nunca has entendido una palabra de poesía!

Leticia.- (Sorprendida.) ¿Por qué esa grosería de pronto, Paco? Vamos, vamos... El exceso de modestia te va a hacer ofenderme, y... los versos son estupendos. Sigue.

Pepe.- Mira que ser tú (A Paco) el que me dice a mí que no entiendo una palabra de poesía... ¿Y tú? ¿Qué entiendes tú? ¿Cuándo has entendido tú de poesía, vamos a ver?

Leticia.- (Que, naturalmente, no oye a Pepe.) ¿Por qué no sigues, Paco? ¿A qué viene este silencio? ¿Por qué te callas?

Paco.- Porque está hablando éste.

Leticia.- (Volviendo la cara, extrañada.) ¿Quién?

PACO.- (Disimulando; señalándose el corazón.) Éste... (Sonriendo.) Y cuando habla éste, ¿qué va uno a decir, Leticia?

Leticia.- (Tierna.) ¿De verdad que ahora hablaba tu corazón? ¡Oh, Paco mío! ¡Cuánto te quiero!... (Le acaricia las manos.) Desde que me escribes versos pareces otro hombre... (Paco le acaricia la cabeza, embelesado.)

Pepe.- (De mal genio; imperativo, a Paco.) ¡No la toques! ¡ Sigue leyendo!

Leticia.-Anda, sigue, Paco...

Paco.-(Leyendo.)

Tu aliento es el aliento de las flores;
tu voz es de los cisnes la armonía;
es tu mirar el resplandor del día...

(Dejando de leer.) Esto está copiado.

Pepe.-(Indignado.) ¿Copiado?

PACO.-¡ Copiado! ; Copiado!

Leticia.-Sí; eso, realmente, me parece que lo he leído yo en algún sitio...

Paco.-¡Esto está copiado de Bécquer!

Leticia.-Justo. Ahora me acuerdo; es de Bécquer.

Pepe.-¡Qué va a ser de Bécquer!

Paco.-(A Pepe.) ¡Te digo que sí! ¡Que es de Bécquer!

Leticia.-(Resignadamente.) Que bueno, Paco; que sí. Que es de Bécquer.

Pepe.-¡Que no!

Paco.-; ; Que sí!!

Leticia.-(Un poco fastidiada ya.) Que sí, hombre, que sí... Pero ¿quién te dice lo contrario?

Paco.-¡Éste!

Leticia.-(Volviendo la cabeza, como antes.) ¿Eh?

Paco.-(Disimulando; repitiendo el juego anterior: señalándose al corazón.) Éste, Leticia, que siente por ti lo mismo que dijo Bécquer, y que, por tanto, no lo ha copiado de Bécquer...

Leticia.-(Amorosamente.) ¡Oh, Paco! (Dentro, en el primero izquierda se oyen las voces de Sigerico, Cristina y Amelia, disputando.)

Cristina.-(Dentro.) ¡No lo aguanto más! ¡No lo aguanto más!

Sigerico- (Dentro.) ¡El que no lo aguanta más soy yo! ¿Lo has oído?

Amelia.-(Dentro.) ¡¡Señoritos, por Dios!!

Leticia.-(Levantándose.) ¿Qué es eso?

Paco.-¿ Qué ocurre ahí ? (Por el primero izquierda, mientras dentro se oyen ruidos y gritos, aparece Amelia corriendo a todo correr.)

Amelia.-Señor... Señora... ¡La señorita Cristina y el señorito Sigerico!

Leticia.-¿ Qué ?

Amelia.-Que están regañando... Que se han puesto furiosos... ¡Que se van a pegar!

Paco.-¿Que se van a pegar?

Leticia.-¡Qué disparate! A ver qué es eso... (Inicia el mutis por el primero izquierda.)

Amelia.-Sí, sí... Venga la señora; venga la señora... (Se van ambas por el primero izquierda.)

Pepe.- (A Paco, todavía indignado.) Conque ¿copiado de Bécquer?...

Paco.-¡Copiado de Bécquer, sí! Y te lo demuestro.

Pepe.-¿Que me lo demuestras? ¿Cómo?

Paco.-En la biblioteca: enseñándote el tomo de las Rimas, de donde lo has copiado. (Por la derecha aparece DÍAZ con sus papeles en la mano y, como tampoco él ve a Pepe, se queda con la boca abierta ante la conducta y las palabras de Paco. Paco, exasperado, ni se fija en él.)

Pepe.-¿A que no?

PACO.-¿Que no? ¡Ven conmigo a verlo! (Ambos inician el mutis por la derecha.) Anda, pasa tú primero. (Se van ambos.)

DÍAZ.- (Maravillado y asustado.) ¿Con quién habla? ¿A quién le dice que pase? (Asomándose al tercero izquierda y llamando a media voz.) ¡Elías! ¡Elías! (Hablando para sí.) Aquí ha debido de suceder algo gordo a las tres... (Mirando por la derecha.) Y sigue hablando solo... (Por el tercero izquierda, a carrera abierta, Elías.)

Elías.-¿Qué hay? ¿Ocurre algo, señor Díaz?

Díaz.-¿Que si ocurre? ¡Mira! (Señala a la derecha, y en este momento cierran por dentro la puerta de la derecha.)

Elías.-Han cerrado... ¿Quién está ahí?

Díaz.-Don Francisco solo; pero hablando con alguien...

Elías.-¿Eh? ¿Qué dice usted?

Díaz.-Lo que oyes.

Elías.-A ver... (Se aproxima, seguido de Díaz, a la puerta de la derecha y pega el oído a ella.) Discute...

Díaz.-¿ Verdad ?

Elías.-Discute con alguien, a quien no se oye, sobre un verso de Bécquer (A DÍAZ.) ¿Y está completamente solo en la habitación?

Díaz.-Completamente solo.

Elías.--Pues de esto no había habido...

Díaz.-¿Cómo?

Elías.-Aquí ha debido de suceder algo extraordinario hace un rato.

DÍAZ.-¡Claro! A las tres.

Elías.-No; a las tres no había sucedido nada.

Díaz.-Habrá sucedido un poco más tarde...

Elías.-*(Como hablando para sí.)* Es verdad... Ha podido venir con retraso.

Díaz.-¿Qué?

Elías.-Nada, nada... *(Por el primero izquierda bajan Leticia, Cristina, Sigerico y Amelia. Las dos primeras, delante: Leticia, consolando a Cristina, que viene llorando. Detrás, Sigerico, con cara de pocos amigos. Y cerrando marcha, Amelia. Cristina viste una toilette de casa y Sigerico un batín.)*

Leticia.-Pero ¿a quién se le ocurre? ¿Regañar así de novios? Pues ¿qué guardáis para cuando os caséis? *(La lleva hacia el diván de la izquierda.)*

Sigerico.-*(Furioso.)* ¿Y qué vida me espera a mí después de casado? ¿De qué me valdría llegar a ser un gran novelista, que es lo que he decidido ser ahora, si en mi casa reina la desgracia por la incompreensión de mi mujer? *(Se pasea.)*

Cristina.-*(Llorando.)* ¿Tiene él la culpa, tía Leticia, tiene él la culpa! Se empeña en que no le comprendo ; y te aseguro que le comprendo todo lo que hay que comprender. Lo único que no comprendo es qué es lo que él quiere que yo le comprenda.

Sigerico.-*(A Leticia.)* ¿Ves cómo no me comprende? No hay manera de meterle en la cabeza que un artista como yo es incomprensible y que la mujer que le ame debe comprenderlo.

Cristina.-*(A Leticia.)* Yo le digo que cómo voy a comprenderlo si es incomprensible...

Sigerico.-Y yo le digo que, para comprenderme, tiene que comprender que soy incomprensible. ; Pero no comprende que comprender que soy incomprensible es comprenderme!

Cristina.-*(A Leticia.)* ¿Lo comprendes tú?

Sigerico.-¡Ya lo creo que lo comprende ella! Si a ella, precisamente, le ocurre lo que a mí: que no la han comprendido ni su primer marido ni el segundo...

Leticia.-El segundo, sí, Sigerico...

Sigerico.-¿Eh? *(Se acerca a ella, sorprendido.)*

Leticia.-Esta noche me he convencido de que Paco es muy diferente a como

era Pepe. (La puerta de la derecha se abre.)

Elías.- (Que está espiando en esa dirección. A Díaz.) ¡Ya sale el señor!

Díaz.-¿ Solo ?

Elías.-Solo. Aquí hay un misterio enorme, señor Díaz. (Por la derecha sale Paco, de pésimo humor, seguido de Pepe, que sonrío satisfecho.)

Paco.- (Dirigiéndose recto a Leticia.) ¿Has arrancado tú hojas del tomo de las Rimas de Bécquer?

Leticia.-¿Yo? ¡No!

Paco.-Pues faltan justamente las hojas de los versos copiados. (Va hacia el diván de la derecha, donde ha quedado Pepe, en pie, mirando con entusiasmo a Leticia.)

Sigerico.- (A Leticia.) Pero ¿Paco lee a Bécquer, tía Leticia?

Leticia.-Y a Shakespeare. Y escribe versos. ¿No te he dicho que...? (Quedan hablando aparte, en la izquierda.)

Paco.- (A Pepe, disimuladamente, entre dientes.) ¡Las has arrancado tú para que no se te pudiera demostrar que los versos estaban copiados!

Pepe.- (Que embelesado, contemplando a Leticia, no le atiende siquiera.) ¡Pero qué guapa está! (Va hacia el diván de la izquierda, cruzando la escena.)

Paco.-¿ Eh ?

Elías.- (A Díaz.) Yo no adivino bien el qué, pero esta noche va a ocurrir en esta casa algo muy grande, señor Díaz.

Díaz.-¡Claro! Habiendo venido yo, aquí tiene que suceder una catástrofe.

Elías.-Fíjese qué cosas más raras está haciendo el señor. (Durante estas frases Pepe ha ido al diván de la izquierda y se ha sentado junto a Leticia, mirándola entusiasmado, sin que ella ni nadie dé muestras de verle, naturalmente. Paco ha ido detrás, coge a Leticia por un brazo y la obliga a levantarse del lado de Pepe.)

Paco.-¡Levántate de ahí!

Leticia.- (Estupefacta.) ¿ Eh ?

Paco.-¡Y ven aquí! (La lleva al diván de la derecha.)

Leticia.-Pero ¿qué te pasa?

Paco.-Que entre unas cosas y otras, no hemos empezado a tomar el café.

Leticia.- (Riendo.) Bueno, hombre... Me habías asustado. Creí que ocurría algo. (Sirve el café en varias tazas.)

Elías.- (A Díaz.) ¡Y ocurre algo! ¡Vaya si ocurre algo!

Leticia.-Así seremos más a tomarlo. Ten, Amelia. Llévalas una taza a los

señoritos. (Le da dos tazas a Amelia, que ha permanecido todo el rato en el primero izquierda, la cual se las lleva a Sigerico y Cristina.)

Sigerico.-Pues te felicito, tía Leticia. Y a ti también, Paco.

Paco.-¿A mí? ¿Por qué?

Leticia.-Por nada. Son tonterías de Sigerico.

Sigerico.-¿Tonterías? ¿Tonterías el que una mujer opine que su segundo marido es mejor que el primero, cuando la mayor parte de las mujeres que se casan dos veces se pasan la vida diciéndole al segundo lo contrario?

Paco.- (A Leticia, muy satisfecho, y brindándole la pregunta a Pepe.) ¿Es verdad que has opinado tú eso?

Leticia.- (Sonriendo.) Si te digo que sí, te vas a poner demasiado tonto. (Paco se pasea silbando, contento, mirando a Pepe, el cual ha arrugado el entrecejo.) ¡Elías! Dale esta tacita al señor Díaz. (Elías coge la taza de manos de Leticia y se la da a Díaz.)

Díaz.-Gracias, señora.

Sigerico.-Claro que para ser un marido mejor que el tío Pepe... (Pepe se vuelve a mirar a Sigerico, escamado.)

Paco.-¿Qué?

Sigerico.-Que para ser un marido mejor que el tío Pepe, con ser un hombre un poco inteligente, basta. (Pepe, indignado, le pega un manotazo en la taza a Sigerico y se la tira.) ¡Caray! (Amelia recoge la taza del suelo.)

Cristina.-¡Ay, hijo!, podías tener un poquito de cuidado...

Sigerico.-Perdona. Se me ha caído no sé cómo.

Leticia.-Bueno... Con darle otra taza, asunto arreglado... (Sirve otra taza, que Amelia le lleva a Sigerico) Pero tanto como eso, no, Sigerico. Pepe era un hombre inteligente...

Pepe.- (Que se ha levantado después de lo de la taza; a Paco.) Ya lo oyes.

Díaz.-¡ Pero muy inteligente, señora! Y muy bueno. Un gran corazón; por eso murió de él. Cuidado que yo le traté años; pues nunca supe decir si era más inteligente que bueno o si era más bueno que inteligente... (Pepe, que ha pasado al lado de Díaz, le da unas palmaditas afectuosas en la espalda. A Elías, creyendo que le ha dado él.) ¿Por qué me das en la espalda?

Elías.-¿Yo? Yo no le he tocado, señor Díaz.

Díaz.-Pues juraría que me habían dado unas palmaditas.

Elías.-¿Unas palmaditas? (Quedan hablando aparte.)

Leticia.-Lo que sucedía con Pepe era que su inteligencia se hallaba aplicada a los negocios, en los cuales brillaba con luz propia. ¿A quién

que no hubiera sido él se le habría ocurrido el seguro «familiar-vitalicio-retroactivo-indirecto» ?

Pepe.- (A Paco, muy satisfecho, como antes.) ¡Ya lo oyes!

Sigerico.-Lo del seguro «familiar-vitalicio-retroactivo-indirecto» era una estafa...

Pepe.-¿Eh? (Va hacia Sigerico.)

Sigerico.-Y además, una estupidez... (Pepe, más indignado aún que antes, le pega otro trastazo en la taza a Sigerico y se la tira nuevamente.) ¡Arrea!

Cristina.- (Levantándose, incomodada.) ¡Pero hombre, Sigerico! ¿Otra vez? ¡Me has manchado toda!

Sigerico.-Chica, perdona... No me explico lo que me ha pasado, porque ahora tenía la taza bien cogida...

Cristina.- (Limpiándose, ayudada por Amelia, que recoge la taza.) No la tendrías tan bien cogida cuando se te ha caído.

Sigerico.-Te digo que sí; que no me explico lo que me ha pasado...

Elías.- (A Díaz.) ¿Oye usted? No se explica...

Leticia.-Bueno, bueno; no vayáis a reñir por eso... (Reanudando su tema.) Pues lo malo de Pepe era su falta de sensibilidad. No había nacido para hacer feliz a una mujer que fuera un poquito espiritual. Recuérdalo: a él Shakespeare le parecía una lata. Nunca hubiera leído los Sonetos, como Paco; ni jamás, por supuesto, habría sido capaz de dejarme versos escritos en la caja de los guantes...

Pepe.- (A Paco, malignamente.) Comprenderás que, en cuanto le diga que soy yo el que lee los Sonetos y el que le ha escrito los versos también soy yo...

Paco.- (Hablando con disimulo.) Pero ¿es que piensas decírselo?

Pepe.--¡ Toma, claro! A eso he venido.

Paco.-¡ Pepe!

Sigerico.-El tío Pepe no hubiera escrito ni una aleluya.

Pepe.- (Irritado con Sigerico.) Este niño imbécil...

Sigerico.-Puede que fuera muy listo para sacarle el dinero a la gente con los seguros de su invención; pero para todo lo demás de la vida a mí me parecía un completo idiota. Creo que no se perdió nada con que se muriese. (Pepe, furioso, ha cogido un jarroncito que hay sobre la repisa del respaldo del diván de la derecha y se lo rompe a Sigerico en la cabeza.) ¡Aaaay!! (Sigerico cae redondo al suelo. Gran revuelo.)

Cristina.-¡ Jesús!

Leticia.-¿Qué es esto?

Amelia.-; Señorito!

Elías.-; Aguanta!

Díaz.-;Ahí va! (Todos, menos Paco, acuden a Sigerico, lo levantan, lo echan en el diván, etc.)

Paco.-Pero hombre...

Pepe.-Estoy ya harto de ese pollito. (Quedan hablando aparte.)

Leticia.-Pero ¿qué ha pasado?

Cristina.-Que, por lo visto, se le ha caído encima este jarrón.

Leticia.-Pero ¿cómo ha podido caérsele encima este jarrón, si este jarrón estaba en aquel otro lado? (Por la derecha.)

Cristina.--; Pues es verdad que el jarrón estaba allí!

Elías.- (A Díaz.) Esto está comprendido, señor Díaz.

Paco.- (A Pepe.) Van a entrar en sospechas.

Pepe.-¿En sospechas? En certidumbres. Me voy a hacer visible a todos ahora mismo.

Paco.-Pepe... ;No te hagas visible, por Dios!

Pepe.-Te da miedo, ¿eh? Temes la reacción de Leticia, ¿verdad? Pero ya te he dicho que vengo a estar en esta casa, y a vivir en esta casa, porque al fin y al cabo, yo soy el dueño de esta casa. (Dirigiéndose a los demás.) No os preocupéis, que no le ha pasado nada. He sido yo. (Todos vuelven la cara y lanzan un unánime grito de terror. Leticia cae desmayada en el diván de la izquierda. Sigerico, Cristina y Amelia se van escapados por el primero izquierda. Díaz sale corriendo por el foro, dejándose la puerta abierta.)

Paco.-Bueno... Ya la has armado... ;Leticia, Leticia!... (Va hacia el diván de la izquierda y atiende a Leticia.)

Pepe.- (Frente a frente con el criado.) Hola, Elías.

Elías.- (Sin inmutarse.) Buenas noches.

Pepe.-;Cómo! ¿Tú no te asustas?

Elías.-No. Yo esperaba de un momento a otro al espectro del señor. Conque... a las órdenes del espectro del señor. ; Yo no me asusto! (Se desploma, desmayado de miedo.)

TELÓN

ACTO TERCERO

El mismo living-room del acto anterior, pero visto desde otro ángulo, de manera que lo que antes era foro ahora constituye el lateral derecha, y lo que antes fue lateral izquierda, ahora ha pasado a ser foro. En la derecha, primer término, la cristalera (que en el segundo acto estaba en el foro derecha); en el segundo término, la puerta de salida a la calle (que en el segundo acto estuvo en el foro), y en el tercer término, la otra cristalera (que en el segundo acto estuvo en el foro izquierda). Entre cada cristalera y la puerta, las palmeras enanas de antes también. Y detrás de las cristaleras y de la puerta, el forillo de jardín (que antes estuvo en el foro). Más allá de la cristalera del tercer término derecha, el lateral se prolonga hacia el fondo y, en combinación con la pared del foro, forma el pasillo (que en el acto anterior estuvo en el tercer término izquierda), el cual tuerce hacia la derecha, perdiéndose en dicho lateral. En el foro derecha, la embocadura de este pasillo descrito; en el foro centro, el entrepaño (que fue lateral izquierda en el acto anterior), y en el foro izquierda, arranque de la escalera (que en el segundo acto estuvo emplazada en el primer término izquierda y que se pierde hacia la izquierda). En el centro del foro, por tanto, se halla instalado el mismo diván (que estuvo el otro acto en el segundo término izquierda), colocado de idéntica manera y con los mismos detalles. En el segundo término del lateral izquierda, gran arco, sin puerta, a través del cual se ve una segunda habitación. Y en el primer término de este lado, el diván que en el acto anterior estuvo en la derecha, dándole un cuarto de vuelta en su colocación. Entre el trozo más largo del diván y la pared de la izquierda, la mesita de cristal con la lamparita que jugó en el otro acto repetidas veces. Además de las lámparas auxiliares de pared (ya indicadas en el acto anterior), se ven ahora otras dos, a ambos lados de la puerta de la izquierda. Pero tanto éstas como las otras, como la lámpara de la mesa de cristal, aparecen apagadas. Al fondo del pasillo del foro derecha, otra cristalera de vidrios opacos. Es de día, por la mañana. Al levantarse el telón el sol entra por los ventanales del primero y tercera derecha, así como por la mirilla de la puerta del mismo lado. La escena está sola, pero en seguida, por el pasillo del foro derecha, casi corriendo y con una bolsa de agua caliente en la mano, aparece Elías. Al mismo tiempo, por el foro izquierda, bajando las escaleras, aparece Amelia con otra bolsa de goma en la mano, y también a buen paso.

EMPIEZA LA ACCIÓN

Elías.- (A Amelia.) ¿Cómo sigue la señora?

Amelia.- Lo mismo. ¿Y el señor?

Elías.- Igual. ¿Y la señorita?

Amelia.- Igual. ¿Y el señorito?

Elías.- Lo mismo.

Amelia.- Pues estamos arreglados... (Dándole a Elías su bolsa.) Toma. La bolsa de hielo del señor; llénala otra vez, que ya se ha calentado.

Elías.- (Dándole a Amelia la suya.) Y tú toma la bolsa de agua caliente para la señora, que acabo de volver a llenarla, porque ya se había

enfriado.

Amelia.-¿Y las compresas del señorito?

Elías.-Se están enfriando.

Amelia.-¿Y la tila para la señorita?

Elías.-Se está calentando. (Por el foro derecha, también muy de prisa, aparece Filalicio, el jardinero. Trae en una mano un plato con unas compresas, y en la otra, una taza.)

Filalicio.-Aquí está la tila... Creo que habrá que dejarla que se enfríe, porque viene demasiado caliente...

Elías.-Trae. (Coge la taza.) Y tú toma esto, que ya está frío. (Le da la bolsa que le dio a él Amelia.)

Filalicio.-Y ahí van las compresas, que me parece que tendréis que calentarlas un poco, porque están demasiado frías.

Amelia.-Vengan. (Coge las compresas.) Y toma tú esto, que ya está caliente. (Le da la bolsa que le dio a ella Elías. Por el foro izquierda aparece Damiana, una mujer con aire de cocinera.)

Damiana.- (Bajando.) ¡Amelia! ¿Habéis enfriado ya las compresas?

Amelia.-Sí. Pero están demasiado frías, y va a haber que calentarlas...

Damiana.-Trae. (Coge las compresas y les echa el aliento. Por el foro izquierda aparece FELISA, una doncella cuerpo de casa.)

Felisa.- (Bajando.) ¡Elías! ¿Habéis calentado ya la tila?

Elías.-Sí. Pero está tan caliente, que hay que enfriarla.

Felisa.-Venga... (Coge la tila y la revuelve y la sopla.)

Filalicio.-Y con estas bolsas, ¿qué hago? ¿Enfrío la caliente y caliento la fría?

Elías.-No, hombre. ¿Cómo vas a calentar la fría, si tiene que estar fría!

Amelia.-¡Ni cómo vas a enfriar la caliente, si tiene que estar caliente! Lo que tienes que hacer es subir arriba ahora mismo la caliente, para que no llegue fría.

Elías.-Y echar hielo en la fría para que no se caliente.

Damiana.-Sube también esto, que va estando caliente. (Le da las compresas.)

Felisa.-Y sube también esto, que ya parece que está algo más frío. (Filalicio inicia el mutis por el foro izquierda, gruñendo y llevándose todo.)

Damiana.-¡Valiente mañana! (Se sienta.)

Felisa.-¡Y valiente noche! (Se sienta.)

Amelia.-Yo no puedo más. Me toco, y estoy fría, (Se sienta.)

Filalicio.-¡Pues yo ya voy estando algo caliente! (Se va, de muy mal humor.)

Elías.- (Sentándose y encendiendo un cigarrillo.) Yo no estoy ni caliente ni frío...

Damiana.-Porque tú eres un tío templao...

Felisa.-Y muy echao pa alante. Pero dime de otro...

Damiana.-Eso es. Dime de otro que, con lo que ha ocurrido en esta casa, hubiera conservado la serenidad.

Felisa.-Y eso que nosotros no encontramos el espectro del señor de repente, sino cuando ya todos nos habían advertido que venía a instalarse en esta casa. Pero ¡anda, que vosotros, que os lo topasteis así, de pronto!...

Amelia.-Pues yo estoy de pie por un milagro de Dios. Pero los señores y los señoritos, ya los habéis visto: enfermos los cuatro de la impresión.

Damiana.- (Levantándose.) Y ¿qué os ha dicho el doctor Ansúrez?

Elías.-El doctor Ansúrez los ha reconocido nueve veces a cada uno, pero no ha soltado prenda.

Felisa.- (Levantándose.) Y ellos, ¿qué han dicho?

Elías.-La señora y los señoritos, nada. El señor, en los siete primeros reconocimientos, no ha hecho más que abrir los ojos para mirar al médico. Después del octavo reconocimiento, le ha dado las gracias, y al acabar el noveno reconocimiento, le ha dicho que le quedaba muy reconocido.

Damiana.-Lo natural.

Amelia.- (Levantándose.) ¿Y crees tú, Elías, que lo que tiene alguno de ellos será grave?

Elías.-Los señoritos no tienen más que el susto. Y el señor y la señora, la angustia ante los problemas que plantea la aparición del espectro del señor. Ya sabéis que, por lo que respecta al señor, no le produjo mella la aparición, porque se la tenía tragada, como yo; y no ha caído enfermo hasta esta madrugada, después de una conversación larguísima con el espectro del señor. Pero a mí lo que los señores y los señoritos puedan tener no me preocupa. Lo que me preocupa es que hayan avisado para curarlos a todos al doctor Ansúrez.

Damiana.-Como que lo malo de las enfermedades es el médico.

Elías.-Y más éste. Acordaos de cuando el señor. Diagnosticó que no tenía más que reuma, y a las tres horas se moría del corazón.

Felisa.-Pero que creo que eso le pasa siempre; que se le mueren todos los enfermos...

Elías.-Cómo será la cosa que, según dicen, hace ya años que, para cambiar impresiones con sus clientes tiene que recurrir al espiritismo.

Felisa.-¡ Jesús!

Damiana.-¡ Ave María Purísima! (Se santiguan. Por el foro izquierda aparece Filalicio, ya sin objetos. Se une al grupo, interesadísimo en la conversación.)

Amelia.-Pánico me da a mí hasta de que hable con los señores y los señoritos.

Damiana.-Y a mí me da miedo hasta que hable con nosotras.

Felisa.-Y ahora, ¿con quién habla?

Elías.-Ahora está ahí. (La izquierda.) Hablando con el espectro del señor.

Amelia.-Bueno, a ése ya no le puede recetar.

Felisa.-Al espectro del señor, por más que haga, ya no lo mata...

Filalicio.-Con ése pincha en hueso.

Elías.-¡Filalicio! ¡Qué manera de expresarse para hablar del espectro del señor: pincha en hueso!

Filalicio.-¡Hombre, como va de torero!... Pero quería decir...

Elías.-Ya comprendo lo que querías decir. Pero es que el espectro del señor merece nuestros máximos respetos...

Amelia.-Ya...

Damiana y Felisa.- (Al mismo tiempo.) ¡Ya!

Filalicio.-Hombre, claro...

Elías.-Todos estamos acostumbrados a servir al señor, porque ya le servimos en vida, y no creo que tenga nada que decirnos de cómo hay que servir a su espectro. Conocéis sus gustos y sus manías- de modo que a no contrariarle y a procurar que se sienta feliz. Seriedad. No hablarle de toros, porque ya sabéis que no le gustaban los toros, aunque ahora vaya vestido de torero. A cumplir sus órdenes en seguida y a tenerlo todo a punto. Al fin y al cabo, siempre molestó poco a la servidumbre, y ahora nos molestará muchísimo menos, porque no come...

Amelia.-Ni bebe...

Felisa.-Ni fuma...

Filalicio.-Y no fumando él, pues tampoco fumamos nosotros...

Elías.-Tenemos que organizar un turno de noche, para que uno de nosotros esté siempre despierto y pueda darle conversación, porque como tampoco

duerme, ya me ha dicho que por las noches se aburre un horror.

Filalicio.-;Pobrecillo! La noche que me toque a mí quedarme con él le haré que me ayude a regar el jardín para que se entretenga.

Damiana.-Oye, Elías... Y el espectro del señor, ¿viene para mucho?

Elías.-;Qué cosas! Viene para siempre, Damiana. Una vez que ha conseguido venir, ¿se va a marchar? Si está en su casa... Si aquí es el amo...

Damiana.-Claro, claro...

Felisa.-¿Y el... el otro señor?

Elías.-El otro señor ahora no es nadie.

Amelia.-;Dios mío! Pues ¿qué va a ocurrir aquí?

Elías.-Eso es lo que me pregunto desde anoche, que no he podido pegar los ojos. ¿Qué va a ocurrir aquí? Porque el problema...

Filalicio.-El problema es para organizar un concurso.

Elías.-Desde las ocho de la mañana, que abrieron el café de la esquina, está allí el señor Díaz, sentado en una mesa y aguardando a ver lo que ocurre, que él espera que sea un drama espantoso. De cuando en cuando salgo a informarle de cómo van las cosas, porque no quiere entrar aquí. Dice que si con el conflicto que hay planteado, encima viene él a agravarlo con su mala pata, que entonces la catástrofe se recordaría durante siglos.

Amelia.-Y tiene razón.

FELISA.-¿Y qué es lo que han hablado anoche el señor y el espectro del señor?

Elías.-No lo sé. Sólo sé que se referían a la señora y que debía de ser algo muy gordo, porque el señor estaba furioso y el espectro del señor se reía; y cuanto más se reía el espectro del señor, más furioso se ponía el señor. Cuando acabaron de hablar, estaba congestionado de rabia. Yo le oí que iba diciendo: «Esto no tiene remedio; no me queda ni el recurso de pegarle un tiro.»

Filalicio.-; Claro! Como que al espectro del señor se le pega un tiro, y es como si se le pegase un affiche.

Elías.-Poco después se metió en cama con fiebre, y hasta ahora.

Amelia.-;Chis! ;Que viene el espectro del señor!

Damiana.-;El espectro del señor!

Filalicio.-;Caray! ;El espectro del señor! (Todos suben al foro rápidamente.)

Elías.- (Levantándose.) Respeto y compostura, ¿eh ?

Amelia y Felisa.- (Al mismo tiempo.) Sí, sí...

Damiana y Filalicio.- (Al mismo tiempo.) Ya, ya... (Quedan todos en pie, en actitud respetuosa. Elías, un paso o dos delante de los otros. Por la izquierda entra Pepe, siempre vestido de torero, con semblante sonriente y tranquilo, seguido del doctor Ansúrez. Elías y Filalicio le hacen una inclinación de cabeza. AMELIA Damiana y Felisa, una leve genuflexión.)

Pepe.-Hola, hijos... ¿Qué tal? {Volviéndose a Ansúrez.} Aquí tiene usted, amigo Ansúrez, una servidumbre modelo. Pocos amos pueden decir otro tanto con la absoluta seguridad que yo, porque ningún amo sabe lo que hacen sus criados cuando él no los ve. Mientras que yo he estado tres meses largos conviviendo con ellos, sin que ellos me vieran. Damiana es la única que, en la cocina, a veces, hace cosas que no están bien... (Pepe y Ansúrez se sientan.)

Damiana.-¿Qué hago yo cosas que no están bien? ¿Qué dice el espectro del señor? Yo lo único que hago en la cocina son guisados...

Pepe.-Y desaguisados, Damiana... En fin: a mí me da lo mismo, porque yo ya no como. Pero después de verte guisar cuando tú te creías que estabas sola, si comiese, te aseguro que no volvería a tomar croquetas.

Damiana.-¡Ay, espectro del señor, por Dios! ¡Cualquiera que le oiga al espectro del señor!...

Pepe.- (A Ansúrez.) Son todos excelentes chicos. Y, sobre todo, he comprobado que a mí me adoran. Y eso que a éste (Por Elías), por ejemplo,, le he traído en jaque en los últimos meses. (A Elías.) ¡Los malos ratos que te he dado con las luces y con el piano y con...!

Elías.-¡Bah! Desde el primer momento, y aunque no le veía, sospeché que era el espectro del señor; y ahora estamos todos encantados de ver al espectro del señor, y de servirle.

Pepe.-Ya lo sé, ya lo sé. Muchas gracias, hijos. Os estoy tan agradecido que no sé qué hacer para demostrároslo... ,

Ansúrez-Déles usted una propina.

Pepe.-¿ Una propina, Ansúrez ? Pero ¿ usted cree que los espectros manejamos dinero? ¿No se da usted cuenta de que dentro de nosotros sólo hay espíritu?

Ansúrez.-Es verdad. Siempre se me olvida. ¡Esto de alternar con los espectros le pillan a uno tan poco acostumbrado! Pero ¿por qué no les da usted una propina espiritual?

Pepe.-Eso sí puedo hacerlo. Les daré un beso a cada uno... (Besa a Damiana, a Felisa y a Amelia.)

Damiana.-Gracias.

Amelia y Felisa.-Muchas gracias. (Ansúrez habla aparte con Elías.)

Ansúrez.-Desde mañana voy a empezar yo a dar propinas espirituales. (Pepe besa al jardinero.) Ahora que yo no les voy a dar propina más que a las mujeres.

Pepe.-Y ahora a ti, Elías. Toma. (Le besa, Elías intenta besarle.) No, no, quédate con la vuelta.

Elías.-Gracias, espectro del señor... Esto es un derroche.

Pepe.-No me importa arruinarme. Los enfermos siguen igual, ¿verdad? No los dejéis solos y avisadme en caso necesario.

Elías.- (A las mujeres.) Ya lo habéis oído. (Se van foro izquierda las tres.) Y tú, anda a lo tuyo. (Filalicio se va por la derecha.)

Pepe.-¿No ha habido ninguna novedad, Elías?

Elías.-Únicamente que la señora ha mandado llamar a la señorita Gracia y a doña Etelvina.

Pepe.-¡Ah! Etelvina... ¡Pobre Etelvina! Pero ¿todavía vive la bruja de Etelvina? ¿Las habrás avisado?

Elías.-Ha ido el chófer a hacerlo.

Pepe.-Perfectamente. Díaz seguirá en el café de la esquina aguardando los acontecimientos, ¿verdad?

Elías.-Sí. Dice que vendría con mucho gusto a hablar con el espectro del señor; pero que no lo hace porque no quiere agravar las cosas con su presencia.

Pepe.-¡Ese Díaz siempre tan delicado!... Pues pasa un momento al café, y dile que ahora iré yo a verle en persona... (Elías se va por la derecha, después de inclinarse, cerrando la puerta.) ¿Quiere usted un cigarrillo, amigo Ansúrez?

Ansúrez.-Con mucho gusto...

Pepe.-Pues si quiere un cigarrillo, saque la petaca, porque yo no fumo.

Ansúrez.-¡Es verdad, es verdad!... Tampoco de eso me acordaba. (Saca la pitillera y fuma.)

Pepe.-¿Qué, mucho trabajo? ¿Muchos enfermos?

Ansúrez.-No, señor; muy pocos. Estamos en plena epidemia de salud. Ahora no tengo más enfermos que los de esta casa.

Pepe.-Pues de éstos no se preocupe usted. La enfermedad de Leticia no será nada. Y la de Paco y los chicos, tampoco. Mientras usted no suba a verlos, Ansúrez, están fuera de peligro.

Ansúrez.-¡ Parece mentira que usted hable así de mí! ;

PEPE.-¡ Caramba! Yo soy precisamente de los que tienen derecho a hablar así... ¿Quién me mató a mí más que usted?

Ansúrez.-¡Le mató el colapso al corazón!

Pepe.-Sí; pero usted dijo que era reuma y me recetó salicilato.

Ansúrez.-Reconocerá usted que hay casos en que la Medicina es impotente...

Pepe.-Si ya lo sé; todos los casos que no son leves.

Ansúrez.-Yo tuve un caso de esos en que no pude hacer nada...

Pepe.-En ningún caso de los que ha tenido ha podido usted hacer nada.

Ansúrez.-Y en el caso suyo, le aseguro que todavía no me he quitado de encima el disgusto de que se me muriera usted...

Pepe.-Muchas gracias, Ansúrez. Pero yo creía que ya estaba usted entrenado en esa clase de disgustos...

Ansúrez.- (Suspirando.) Nunca se entrena uno del todo. Y menos mal que hoy, por primera vez, tengo la satisfacción de hablar personalmente con una de mis víctimas para pedirle que me disculpe...

Pepe.-Está usted disculpado. Y olvide ya eso. Con tal de que le valga a usted de experiencia para no seguir diagnosticando reuma en todos los casos... Por lo demás, usted se ha llevado un disgusto con mi muerte; pero yo, no.

Ansúrez.-¿Eh?

Pepe.-Yo estoy tan contento.

Ansúrez.-¿Qué me dice usted?

Pepe.-Para mí, el haberme muerto será la solución de mis problemas.

Ansúrez.-¿La solución de...?

Pepe.-Amigo Ansúrez: yo he sido toda mi vida un hombre profundamente espiritual. No lo parecía, y nadie a mi alrededor lo creía, ni siquiera mi mujer; pero yo lo era. No sé si usted me comprenderá, porque ustedes, salvo honrosas excepciones, suelen tirar un poquillo hacia el materialismo. Un médico cirujano fue el que me dijo aquella bobada de que nunca se había tropezado con el alma, al manejar el bisturí... Por mi parte, he creído siempre en el alma a pie juntillas.

Ansúrez.-Eso siempre lo supuse.

Pepe.-Pero quizá lo que no suponía usted era que yo quería a mi mujer con toda el alma. A fuerza de amor, soporté y disculpé su frivolidad en vida. Por la fuerza de su amor estoy aquí después de la muerte. Pero si hubiera seguido viviendo entonces, habría llegado un momento de frivolidad máxima que no hubiese podido ya disculpar. Afortunadamente, gracias a usted, me morí y ya estaba muerto cuando Leticia llegó a la frivolidad máxima.

Ansúrez.-... su amor por Paco.

Pepe.-Llamémoslo así... Viviendo yo, lo de Paco y Leticia habría provocado una tragedia, porque la materia me hubiese cegado; pero como ha ocurrido estando ya muerto, sin materia que me ciegue, con el alma pura y limpia de rencores, todo va a resolverse perfectamente, amigo Ansúrez.

Ansúrez.-Le aseguro a usted que no entiendo cómo va a resolverse.

Pepe.-¡Hombre, claro! ¿Usted qué va a entenderme?... Pero ya verá cómo todo se resuelve perfectamente. (Por la derecha, procedente de la calle, entra Elías.)

Elías.-El señor Díaz, que aguarda con impaciencia en el café a que vaya el espectro del señor.

Pepe.-Muy bien.

Elías.-Me ha advertido que quiere saber si es seguro que va a ir, porque ha pedido un vaso de leche, y si es seguro que va a ir el espectro del señor, dice que se lanzaría a pedir un bollo.

Pepe.-¡Sí, hombre, claro! Que pida el bollo. ¡No faltaba más! (Elías inicia de nuevo el mutis. En ese momento, en lo alto del foro izquierda aparece Leticia que, sin moverse de allí, llama a Pepe.)

Leticia.-Pepe... (Movimiento de sorpresa en los tres hombres.)

Pepe, Ansúrez y Elías.- (A un tiempo.) ¿Eh? (Mirando hacia arriba.)

Pepe.-Leticia...

Elías.-La señora...

Ansúrez.-La enferma...

Pepe.- (A Ansúrez.) ¿Ve usted cómo no recetándole usted nada no corría peligro?

Leticia.-Pepe..., ¿puedes concederme cinco minutos?

Pepe.-Naturalmente, Leticia. Si también yo esperaba a que te mejorases para que charláramos. (A Ansúrez.) ¿Quiere usted aguardarme ahí un momento? (Por la izquierda.)

Ansúrez.-Sí, señor; sí señor. (Se va por la izquierda. Elías se va por la derecha, cuya puerta tenía entreabierta. Leticia ha bajado al proscenio.)

Hay una pausa embarazosa.)

Leticia.-Pepe... He reflexionado mucho desde anoche, y tengo que hablarte. Pero esta entrevista es muy difícil...

Pepe.-Sí; no es fácil. Reconozco que no es fácil. Un diálogo entre una viuda y el espectro de su marido no se plantea todos los días. (Se sienta, y ella, a su lado.)

Leticia.-Y menos cuando esa viuda ha vuelto a casarse...

Pepe.-Lo de que la viuda haya vuelto a casarse ya es más vulgar. Pero si quieres que yo te ayude a empezar, lo haré con un verso de Shakespeare que viene muy a propósito; aquel que dice: «Lilies that fester smell far worse than weeds.»

LETICIA.-¡Qué bonito! ¿Y qué quiere decir?

Pepe.-No lo sé; pero ¿verdad que viene muy a propósito ?

Leticia.-Sí, es muy lindo.

Pepe.-¡Es precioso!

Leticia.- (Mirándole fijamente, con una transición.) Pero Pepe, tú antes no sabías ningún verso de Shakespeare...

Pepe.-Ahora no sé más que éste; pero se lo coloco a todo el que puedo.

Leticia.-Pepe... (Sin atreverse a lanzarse.) Pepe, lo primero que tengo que decirte es que... que he sentido mucho todo lo ocurrido...

Pepe.-¿El qué?

Leticia.-Pues... lo ocurrido. El que tú te murieras.

Pepe.-Nunca lo he dudado.

Leticia.-El haberme vuelto a casar...

Pepe.-¿Y el que yo me haya aparecido después de casarte tú?

Leticia.-No, Pepe. Eso no lo he sentido.

Pepe.- (Alegre.) ¿No?

Leticia.-No. Tenía muchas ganas de verte.

Pepe.-¡ Ah!

Leticia.-¡Te he recordado tantas veces!...

Pepe.-¡Ah, ah!

Leticia.-Siempre que regañaba con Paco me acordaba de ti.

Pepe.-¿Es que Paco regaña peor que yo?

Leticia.-Tiene otro estilo. No aguanta, se va... Tú no te ibas y se te

podía decir todo lo que una quería. Regañar contigo estimulaba y despertaba el deseo de vivir. Te juro, Pepe, que con nadie he sido tan feliz regañando como contigo.

Pepe.-Gracias, Leticia. Te agradezco de veras esas palabras. Pero ¿por qué te casaste entonces con Paco?

Leticia.-Cuando me casé no había regañado nunca con él.

Pepe.-¡Ya!

Leticia.-Y aun así, puede que tampoco me hubiera decidido a casarme de no haber cometido tú la imprudencia fatal que cometiste...

Pepe.-¿Una imprudencia fatal yo?

Leticia.-Sí. Antes de morirme le pediste a Paco que no se casara conmigo.

Pepe.-¿Y Paco te lo contó?

Leticia.-Sí. Paco me lo contó.

Pepe.-*(Levantándose.)* ¡Qué indecente!

Leticia.-Tú sabes, Pepe, qué fuerza invencible me ha llevado siempre a hacer justamente aquello que se me prohíbe.

Pepe.-¡ Claro, claro! Para eso te lo contó Paco. Ya sabía él lo que se hacía. ¿De modo que te convenció así?

Leticia.-Sí.

Pepe.-¡Ah! Siempre se deja uno algún cabo suelto. Por bien que se hagan las cosas, siempre se deja uno algún cabo suelto. Ya sospechaba yo que tenía que haber habido alguna causa especial para tu boda. Porque los ojos con que me mirabas cuando estaba muriéndome, ésos no mentían. Mi muerte fue el rato mejor de mi vida. Porque entonces me miraste así, es por lo que he vuelto. ¡Y el pedante de Paco, que me decía anoche que te habías casado por un impulso de amor irresistible! ¡Claro que yo me reí de él todo lo que quise! *(Con una transición.)* Entonces, Leticia, ¿te casaste con Paco por llevarme la contraria ?

Leticia.-Me temo que sí, Pepe.

Pepe.-¿Y has sido feliz en tu matrimonio?

Leticia.-No...

Pepe.-¡Ah! ¡Qué alegría me das, Leticia! Porque...

Leticia.-*(Acabando la frase.)* ... hasta ayer, no.

Pepe.-*(Frunciendo el entrecejo.)* ¿Qué?

Leticia.-Que hasta ayer no he sido feliz en mi matrimonio.

Pepe.-¿Cómo? *(Con ansia.)* Pero ¿es que ayer?...

Leticia.-Ayer, por la noche, Paco se me reveló como un hombre distinto:

sensible, cariñoso, tierno y sentimental. Un hombre, como tú Pepe, y perdóname, no fuiste nunca.

Pepe.-Por fuerza, y en los pequeños detalles, no lo fui, lo reconozco.

Leticia.-Eso es. Y las mujeres necesitamos que lo seáis por fuera, y en los pequeños detalles precisamente. Tú no lo fuiste nunca, y Paco empezó a serlo ayer. Figúrate que hasta me dejó unos versos escritos en la caja de los guantes.

Pepe.-¡Ah!

Leticia.-Unos versos en que hablaba de mí como de un ser extraordinario: en que comparaba la luz de mis ojos con el resplandor del día...

Pepe.-¡ Colosal!

Leticia.-¡Y mi aliento con el de las flores!

Pepe.-¡ Formidable!

Leticia.-Eran unos versos muy malos, ¿sabes?

Pepe. - (Despachurrado.) ¡ Cómo! ¿ Te parecieron malos ?

Leticia.-Sí. A Paco le dije lo contrario para no desilusionarle. Eran muy malos, y algunos copiados de Bécquer.

PEPE.-¿Cómo de Bécquer?

Leticia.-Pero hubo algo que me llegó al alma.

Pepe.-¡Ah! ¿Hubo algo que te llegó al alma?... ¿El qué, el qué?

Leticia.-La intención con que los versos habían sido escritos.

Pepe.-La intención... ¿Y si yo te dijera, Leticia, que esos versos eran míos?

Leticia.-¿Tuyos? ¿Eh? (Levantándose.) ¿Tuyos? ¡No es posible, Pepe! Dime que no es cierto eso. ¿Tuyos?

Pepe.-Bueno: míos y de Bécquer. Pero la intención...

Leticia.- (Dejándose caer sentada nuevamente, abatida.) ¡Dios mío! Entonces esto no tiene arreglo...

Pepe.-¿Qué dices, Leticia?

Leticia.--El que los versos resulten tuyos significa que Paco no es el hombre que yo creí ayer que era.

Pepe.-¿Y qué te importa?

Leticia.-¿Cómo no ha de importarme? ¿No comprendes que entonces seguiré siendo desgraciada, viviendo al lado suyo?

Pepe.-Pues no vivas al lado suyo...

Leticia.-¿Eh?

Pepe.-Vete a vivir sola... hasta que puedas venirte al lado mío...

Leticia.-*(Levantando la cabeza.)* ¡Pepe! *(Aterrada.)* ¡Pepe! Pero... ¡Pero para eso... tendría que... morirme!

Pepe.-Para mí, el tiempo ya no existe; y yo, Leticia, te esperaré siempre... *(Por la derecha entra Elías.)*

Elías.-Con permiso...

Pepe.-Adelante, Elías.

Elías.-La señorita Gracia. Y doña Etelvina...

Leticia.-Llegan a tiempo. Hazlas pasar. *(Elías vuelve a irse.)*

Pepe.-*(A Leticia.)* Reflexiona sobre eso, Leticia, reflexiónalo. Y no le pidas opinión a Etelvina... *(Se va por la izquierda. Por la derecha vuelve a aparecer Elías.)*

Elías.-Pase la señorita... *(Entra Gracia por la derecha. Viene vestida de calle. Leticia se ha cubierto los ojos con las manos, anonadada. Elías vuelve a irse por la derecha.)*

Gracia.-*(Avanzando.)* Leticia...

Leticia.-Hola, Gracia.

Gracia.-Tu chófer acaba de informarme de la aparición del espectro de Pepe. No sé si darte el pésame o si darte la enhorabuena. ¿Tú qué me aconsejas?

Leticia.-*(Abrumada.)* Gracia...

Gracia.-¡ Vaya! Por la actitud veo que lo que tengo que darte es el pésame. Pues chica, no me lo explico... Yo, en tu lugar, estaría contenta. Pepe era un hombre simpatiquísimo, y supongo que su espectro lo seguirá siendo. Esto no quiere decir que Paco no sea simpático también... Yo habría sido feliz con cualquiera de los dos, aunque con los dos a un tiempo no sé si hubiera conseguido serlo, claro. *(Por la derecha aparece Etelvina, sentada en un carrito de impedida que se maneja ella misma, seguida por Elías.)*

Etelvina.-*(A Elías, que intenta empujarle el carrito.)* No empujes... ¿Por qué empujas? ¿Crees que no puedo andar?

Elías.-No, señora. No soy tan pesimista. Lo que empujo es el carrito.

Etelvina.-Pues tampoco el carrito necesita que lo empujes; es un ocho cilindros. ¿Y el espectro del señor? ¿Ha salido o está en casa?

Elías.-Está en casa, señora.

Etelvina.-Lo siento, porque no tengo ganas de ver visiones. Y con eso comprenderás que puedes retirarte.

Eliás.-Me retiro en el acto, señora, porque a mí me ocurre igual que a la señora.

Etelvina.-; Qué insolencia! (Eliás se va por el foro derecha.) ;Hombre, acercadme a aquél, que le voy a dar un par de bofetadas!

Leticia.- (Yendo hacia ella.) ;Etelvina!

Etelvina.-Hola. (Se besan.) Me ha dicho el chófer que ése se os ha presentado vestido de torero. ;Vaya una falta de formalidad! Por supuesto, que siempre fue así y no me extraña, porque yo, cada vez que me acuerdo de aquello del seguro «familiar-vitalicio-retroac-tivo-indirecto»... (A Leticia.) ;Y tú cómo te encuentras? ;Necesitas ánimos, o la cosa te pilla suficientemente animada? Pero cuando me has hecho llamar es que necesitas ánimos... Te prevengo que aunque no me hubieras llamado habría venido igual.

Leticia.-Ya lo supongo.

Etelvina.-Vengo resuelta a darte un consejo.

Leticia.-Los necesito como nunca, Etelvina.

Etelvina.-;Claro! ;No vas a necesitarlos, pobre víctima? Metida en semejante lío... ;Tú crees que en este momento hay muchas mujeres en el mundo que estén aguantando a dos maridos a un tiempo? Aunque uno de ellos sea sólo un espectro, que para el caso es lo mismo; porque Pepe es ahora un espectro, pero Paco siempre ha sido un fantasma...

Gracia.-Vamos, Etelvina... No hable usted así.

Etelvina.-¿Qué? ;Te molesta? (A Leticia.) Hemos venido regañando todo el camino y me han puesto dos multas por exceso de velocidad. Y hemos venido regañando porque esta amiga tuya (Por Gracia) defiende a Paco y a Pepe.

Gracia.-Los dos son muy simpáticos y muy...

Etelvina.-Todo el que lleva pantalones y gana más de mil pesetas al mes te parece a ti muy simpático. Además, tú ves los toros desde la barrera, pero el caso de Leticia es distinto, porque lo que le han hecho a esta criatura el dichoso Pepe y el dichoso Paco, eso clama al Cielo.

Gracia.-No veo qué es lo que le han hecho... ¿Qué le han hecho?

Etelvina.--;Casarse con ella! ;Te parece poco?

Gracia.-Si eso es un daño, el daño ha sido mutuo, porque también Leticia se ha casado con ellos.

Etelvina.-Sí. Pero ellos se han vengado haciéndole la vida imposible.

Gracia.-No sé quién ha hecho la vida imposible a quién.

Etelvina.-Ellos a ella, porque siempre es el hombre el que le hace la vida imposible a la mujer. Yo lo sé perfectamente, porque me casé tres

veces. Tú no sabes nada de eso, porque no has conseguido casarte ni una sola vez.

Gracia.-No me ha dado tiempo.

Etelvina.-¿ Eh ?

Gracia.-Para casarse tres veces hay que haber nacido el día de la muerte de Felipe II, como usted.

Etelvina.-*(Furiosa.)* ¿Qué dices? *(A Leticia, por Gracia.)* ¡Acércame a esa amiga tuya, que le voy a dar un par de bofetadas!

Leticia.-*(Conteniéndola.)* Etelvina, por Dios...

Etelvina.-Bueno; ya se las daré yo cuando esté descuidada... Y a lo que íbamos. *(A Leticia.)* ¿Qué has pensado hacer, en vista de lo que te ocurre?

Leticia.-Nada. No sé qué hacer. Por eso te he llamado.

Etelvina.-Pues mi consejo es que ahora te toca vengarte a ti.

Leticia.-¿ Cómo ?

Etelvina.-Paco estará echando lumbre con la llegada de Pepe, ¿no?

Leticia.-Está como loco. Anoche tuvo con él una conversación larguísima y se puso enfermo al final.

Etelvina.-¡ Estupendo! Y el espectro de Pepe, a su vez, también se habrá llevado su disgusto correspondiente al encontrarse con que te habías casado con Paco, ¿ verdad ? ¡ Pues formidable! Ahora tu misión es hacer rabiar a los dos.

Leticia.-¿ Eh ?

Etelvina.-¡Menuda ocasión se te presenta! Una ocasión única. ¡Cómo te envidio! Ahí es nada... ¡Si yo hubiera conseguido tener a mis tres maridos juntos! Pero a mí, cuando se me morían, ya no volvían más; se conoce que no se atrevían.

Gracia.-Y, además, usted nunca quiso a sus maridos...

Etelvina.-Ya saltó aquélla... ¿Y a ti quién te dice que a los maridos haya que quererlos? Porque supongo *(A Leticia)* que tú no serás tan simple que quieras a ninguno de los dos, ¿eh? *(Silencio por parte de LETICIA.)* Contesta... *(Nuevo silencio.)* ¿No contestas? ¡Huy! Entonces el lío es mucho más gordo de lo que yo pensaba... ¡Ya no tengo nada que hacer aquí! *(Se pone en movimiento hacia la derecha.)*

Leticia.-Marchándote tampoco me resuelves el conflicto, Etelvina.

Etelvina.-*(Deteniéndose.)* Pero ¿no dices que quieres a uno de los dos?

Leticia.-Sí...

Etelvina.-¿Y a cuál de los dos quieres?

Leticia.-A Pepe.

Etelvina.-¿ Al espectro ?

Leticia.-Sí.

Etelvina.-; Chúpate esa! ¿ Y aún me pides que te resuelva el conflicto?
;Adiós! (Vuelve a ponerse en movimiento.)

Leticia.-; Soy muy desgraciada, Gracia! ; Soy muy desgraciada!... (Se abraza a ella.)

Gracia.-Leticia...

Etelvina.-¿Eh? Pero ¿estás llorando? No llores y explícate de una vez...
(Vuelve al lado de Leticia.)

Leticia.-Anoche creí que quería a Paco... Hoy me he convencido de que quiero a Pepe... De que también le quise en vida... De que nunca he dejado de quererle...

Gracia.-Pero mujer, ¿hasta que se ha muerto no has comprendido que le querías? Sigues tan absurda como siempre.

Etelvina.-¿ Por qué absurda ? Nadie comprende que quiere a una persona hasta que esa persona se muere. Como nunca se estima el valor de un paraguas hasta que no se abre...

Gracia.-¿Hasta que no se abre por dónde?

Etelvina.-Hasta que no se abre por la tela. Aquí lo absurdo es que sea a Pepe a quien quieras (A Leticia), porque queriendo a Pepe, el barullo no tiene solución.

Leticia.-Sí. Sí tiene solución... Hay una solución, pero me da pereza.

Etelvina.-¿ Que hay una solución y te da pereza ?

Gracia.-¿Qué solución es ésta?

Leticia.-La solución de morirme.

Gracia-; Jesús!

Etelvina.-;Atiza! Claro que te dará pereza. Y a cualquiera...

Gracia.-;Vaya una solución!

Etelvina.-¿Y esa preciosidad de solución se te ha ocurrido a ti sola?

Leticia.-No. Se le ha ocurrido a Pepe.

Etelvina.- (Indignada.) ;Ah! Se le ha ocurrido a Pepe. ; El muy granuja!
;Si me lo estaba dando a mí en la nariz! ; Claro! Como él ya se ha muerto, anima a morirse a los demás. ; Qué granuja! ; Pero qué granuja! ; Hombre, tráemelo aquí, que le voy a dar un par de bofetadas!

Leticia.-Si no es eso, si no es eso... Pepe no me pide que me muera hoy mismo...

Etelvina.-Vaya, menos mal. ¿Y qué es lo que hace? ¿Darte un plazo? ¿Te piensa firmar una letra para que te mueras a treinta días vista?

Leticia.-Lo que me pide es que no viva con Paco... Tiene celos... Dice que me vaya a vivir sola... hasta que Dios quiera disponer de mi vida. Y entonces nos reuniremos los dos... ¡Y eso es lo que voy a hacer!

Etelvina.-¿ Eh ?

Gracia.-¿Cómo?

Leticia.-Tampoco yo podría seguir viviendo al lado de Paco... Estoy arrepentida... No debí casarme dos veces.

Etelvina-; Como que casarse dos veces nada más es un disparate!

Gracia.-Pero Leticia...

Leticia.-Estoy decidida. No seguiré con Paco. Sólo volver a verle es para mí una violencia terrible... Y me falta el valor para tener una explicación con él... (Inicia el mutis por el foro izquierda.)

Etelvina.-;Pero muchacha!

Gracia.-;Adonde vas?

Leticia-Dejadme...

Etelvina.-;Leticia!

Gracia.-;Leticia!

Leticia.- (Subiendo las escaleras.) Dejadme... Dejadme... (Se va por el foro izquierda.)

Etelvina.-;Esta sí que es buena!

Gracia.-Está loca.

Etelvina.- (Enfurecida.) ¡Y para eso he venido yo aquí! ¡Para acabar así me he molestado yo! ¡Bueno! ¡Yo me muero de este berrinche! A mí me da algo a la cabeza si no me desahogo de alguna manera. (Dominándose, sonriendo y llamando a GRACIA.) Oye...

Gracia.- (Acercándose.) ¿Qué? (En cuanto tiene a Gracia al lado, Etelvina le da dos bofetadas.) ¡Ay!

Etelvina.-Y ahora me voy a buscar al criado y le doy otras dos. Puede que así me tranquilice... (Se va por el foro de la derecha. Por la izquierda, Pepe y Ansúrez.)

Pepe.-¿Qué ha sido eso?

Ansúrez.-¿Quién ha gritado?

Gracia.- (Retrocediendo un paso.) Pepe...

Pepe.-Hola, Gracia. ¡Dos años sin verte! ¿Cómo te va?

Gracia.-Bien... (Dominando su emoción.) Bien, muchas gracias...

Pepe.-Estás tan guapa como antes.

Gracia.-Cuestión de perseverancia.

Pepe.-Eso es, eso es. Buena respuesta. (A Ansúrez.) Muy buena respuesta, ¿verdad, Ansúrez?

Ansúrez.-Buena de veras, sí, señor. Como que yo que usted le daba una propina...

Pepe.-Me ha adivinado usted el pensamiento, hombre. (Besa a Gracia.) Toma, hija, que te la has ganado.

Gracia.-¡ Pepe!

Pepe.-Nada, nada, no me des las gracias. Eso no vale nada.

Gracia.-No iba a darte las gracias: iba a decirte que también tú estás muy bien. No pareces un espectro.

Pepe.-¿Verdad?

Gracia.-Si no fuera por este traje, que me recuerda aquella noche tan terrible...

Pepe.-Cuántas cosas han pasado desde entonces, ¿eh?

Gracia.-Y las que van a pasar.

Pepe.-¿Tú crees?

Gracia.-He hablado con Leticia. Dice que se va a ir a vivir sola, que no puede seguir al lado de Paco después de...

Pepe.-¡Magnífico! ¡No esperaba menos! (A Ansúrez.) ¿Ve usted como todo va a arreglarse perfectamente?

Gracia.-Yo me alegro por ti, pero lo siento por Paco, que me es muy simpático también.

Pepe.-Pues consuélale tú...

Gracia.-¿Qué?

Pepe.-Cuando se quede solo, dedícate tú a consolarle...

Gracia.-Pero ¿tú crees que yo puedo gustarle a Paco?

Pepe.-Si le dices que él te gusta a ti, llevarás mucho adelantado para conseguirlo... (Por el foro izquierda surge Paco en batín. Viene hecho una fiera llamando.)

Paco.- (Dentro.) ¡Pepe! ¡Pepe! (Apareciendo.) ¡Pepe! (Desde arriba, a Pepe.) ¡No te vayas, que es a ti a quien busco!

Pepe.-Muy bien. Aquí me tienes.

Paco.- (Bajando.) ¿Qué significa esto? ¿Qué quiere decir esto?

Pepe.-¿El qué?

Paco.-¿Leticia acaba de subir y se ha encerrado en la alcoba sin querer hablarme siquiera! ; Y esto es obra tuya! ¿Qué le has dicho? ¿De qué procedimientos te estás valiendo para indisponerme con ella?

Ansúrez .-(Conteniéndole.) Amigo Yepes, hombre...

Gracia.- (Conteniéndole también.) Paco, no te excites así...

Paco.- (Sin hacerles caso, a Pepe.) ¿Qué te propones? ¿Separarme de mi mujer? ;De mi mujer! ¿Lo has oído? ;De mi mujer, porque tú ya no existes!

Pepe.- (Muy tranquilo.) Paco: hace dos años eras tonto; ahora veo que los años no pasan para ti.

Paco.-¿Eh?

Pepe.-Yo existo más que tú...

Paco.-¿Que existes más que yo? ¿Te atreves a decir que existes más que yo?

Pepe.-Sí. Para Leticia yo existo más que tú, porque a mí me quiere y a ti no.

Paco.-¿Y eso quién te lo ha dicho?

Pepe.-Ella.

Paco.-¿Y ella qué sabe de eso?

Ansúrez y Gracia.- (Al mismo tiempo.) ¿Cómo?

Paco.-Bueno..., quiero decir... Bueno ;no sé lo que quiero decir! Pero si Leticia no me quería, ¿por qué se casó conmigo? ;Anda! ;Contesta a eso! ;Contesta!

Pepe.-Se casó contigo, primero, porque se había quedado sin un céntimo del seguro que yo le dejé...

Paco.-¡No!

Pepe.-Y segundo y principal, por llevarme la contraria. Porque tú fuiste tan inocente que le contaste cómo yo te había pedido que no te casaras con ella.

Paco.-¡Bien me engañaste en aquella ocasión!

Pepe.-¿Yo?

Paco.-Me aconsejaste que no me casara con Leticia porque ella iba a hacerme muy desgraciado, y yo hubiera sido muy feliz con ella si tú no te

hubieras interpuesto entre los dos. ¡Que llevas meses enteros rompiendo cristales, y apagando luces, y tocando timbres cada vez que ella y yo nos íbamos a decir una palabra amable! Porque es mentira eso que me dijiste anoche de que lo hacías para irme acostumbrando a tu aparición. ¡Lo hacías para separarme de Leticia!

Pepe.-Y aunque así haya sido, ¿qué?

Paco.-¿Cómo que qué?

Pepe-La he defendido porque la quiero.

Paco.-*(Furioso.)* Pues como yo también la quiero, también yo la voy a defender. ¡Y te voy a romper un hueso!

Pepe.-¿Un hueso a mí? ¡Ja, ja!

Gracia.-Pero Paco, si Pepe no tiene ya huesos...

Ansúrez.-Si no tiene más que alma...

PACO.-¡Pues le voy a romper el alma! *(Da un paso hacia Pepe, y de pronto vacila y deja escapar un gemido.)* ¡Ay!

Gracia.-*(Acudiendo.)* ¡Paco!

Ansúrez.-¡Señor Yepes!

Gracia.-Que se pone malo...

Ansúrez.-Vamos a llevárnoslo. Vamos a llevárnoslo. Lo echaremos y...

Gracia.-*(Llamando.)* ¡Elías! ¡Amelia! ¡Elías!

Ansúrez.-*(Llevándose a Paco ayudado por ella.)* Esto debe de ser reuma...

Pepe.-Pero hombre, Ansúrez, ¿todavía estamos así? *(Se van por la izquierda los cuatro. Por el foro izquierda, Amelia, Damiana y Felisa.)*

Damiana.-¿Qué pasa?

Amelia.-No sé... Aquí abajo ocurre algo...

Felisa.-¿Dónde?

Amelia.-En el salón.

Damiana.-¡Válgame Dios qué día! *(Se van las tres por la izquierda. Por el foro izquierda, Leticia en traje de calle con el sombrero, los guantes y el bolso en la mano y acabando de arreglarse el vestido. Baja rápidamente, pasa ante la izquierda procurando no ser vista por los que están dentro y pasa a la derecha, donde acaba de ultimar su toilette. La puerta de la derecha se entreabre y por ella asoma Díaz su cabeza.)*

Díaz.-Perdón, señora...

Leticia.-¿ Eh ?

Díaz.-No se asuste, que no entro. Ya sé que si entrara ocurriría alguna

desgracia; no se preocupe... Estoy aquí, en el café de la esquina, esperando al espectro de don José, que quedó en venir a charlar un rato, y como había pedido un bollo, quería saber si iba a venir por fin, o si es que ya había sucedido algo que...

Leticia.--No. No ha sucedido nada. Ahora irá.

DÍAZ.-¿Sale usted?

Leticia.-Sí. Hágame el favor de buscarme un coche.

DÍAZ.-En la esquina hay una parada. Ahora le traigo uno. (Se va. Dentro, hacia el foro, se oyen dos bofetadas.)

Gracia.-(Dentro.) ¡Elías! ¡Elías! (Por el foro derecha, Elías, corriendo y tapándose un lado de la cara con un pañuelo.)

Elías.-¡Voy! ¡Voy! ¿Qué pasa? ¿Qué es? (Se va por la izquierda, sin fijarse en Leticia. Por el foro derecha, Etelvina, con aire satisfecho..)

Etelvina.-Sí, corre, corre, que las dos bofetadas ya no hay quien te las quite. (Avanza hacia la izquierda, pero al ver a Leticia, que ya ha acabado de ponerse el sombrero y de arreglarse, se detiene.) ¡Leticia!

Leticia.-¿Qué?

Etelvina.-Pero ¿es que te vas de veras? ¿Es que estás decidida a marcharte en lugar de quedarte aquí para vengarte de los dos?

Leticia.-Sí.

Etelvina.-(Dirigiéndose a la izquierda y llamando.) ¡Paco! ¡Que se va Leticia! ¡Paco! ¡Que se vaaaa! ¡Corre! ¡Y yo me voy a encargar del espectro de Pepe! (Mutis. Por la izquierda, corriendo, Paco, seguido de Gracia, de Ansúrez, Damiana, Amelia, Felisa y Elías, que se cruzan con Etelvina al salir.)

Paco.-¿Eh? (A Leticia.) ¿Que te vas?

Leticia.-Sí.

Paco.-¿Adonde?

Leticia.-Te ruego que no me preguntes nada. (Por la derecha vuelve a sacar la cabeza Díaz.)

Díaz.-Señora: el coche. (Mutis.)

Leticia.-¡Vamos! (Se va rápidamente por la derecha, dejando la puerta abierta de par en par.)

Paco.-Pero Leticia...

Gracia.-(Conteniéndole.) Déjala, Paco. Ella sabe lo que se hace...

Paco.-¿Qué dices? ¿Estás loca?

Gracia.-No te vayas. Quédate, Paco. Si lo que buscas es ser feliz, quédate conmigo.

Paco.-¿Contigo? ¡Vamos, Gracia, suelta! (Zafándose de Gracia.) ¡Suelta!
¡Leticia! ¡Leticia! (Va hacia la derecha.)

Damiana.-Señorita...

Ansúrez.-Señora...

Felisa y Amelia.-Señorita... (Van todos, menos Gracia, con Paco a la cabeza, hacia la puerta de la derecha. Dentro, en la derecha, se oye un claxon tocando apremiante. Cuando han llegado a la puerta, todos dan un grito de horror.)

Todos.-¡¡Ay!! (La mayor parte de ellos se tapan la cara con las manos.)

Paco.-¡Dios mío! .

Amelia.-¡Jesús!

Ansúrez.-¡Ahí voy! (Se precipita fuera por la derecha.)

Eliás.-¡Señora! (Se va detrás del doctor, corriendo.)

Paco.-¡Leticia! (Echa detrás de ellos.)

Gracia.-¡Paco! ¡No vayas! (Se va detrás.)

Amelia.-¡Qué horror! (Se vuelve de espaldas.) ¡Qué horror!

Damiana.-¡Señorita!

Felisa.-¡Señorita! (Felisa y Damiana se van por la derecha.)

Amelia.-¡No quiero verlo! ¡No quiero verlo! (Por la izquierda Etelvina, alarmada.)

Etelvina.- (A Amelia.) ¿Qué ha sido? ¿Qué ha sido eso?

Amelia.-La señorita... Un atropello... ¡No vaya usted, señora, no vaya usted, por Dios!

Etelvina.-Pero ¿qué ha sido?

Amelia.-Figúrese usted lo peor.

Etelvina.-¿Lo peor? ¡Virgen Santísima del Carmen! (En ese momento aparece Leticia, tal como se fue antes de escena, sólo que sonriente, resplandeciente, feliz. Cruza la escena sin que Etelvina y Amelia den muestras de verla y se dirige a la izquierda.)

Leticia.- (Asomándose a la puerta.) ¿Vamos, Pepe? (Se va por la izquierda. Por la derecha, Paco, sujeto y conducido por Gracia, deshecho materialmente.)

Gracia.- (Llorando, pero haciéndose la fuerte.) Ven, ven... Ya no tiene remedio. Vas a sufrir en balde... ¿Para qué quieres estar ahí?

Paco.-Gracia... ¡Es horrible! ¡Es horrible!

Gracia.-Sí. Es horrible...

Paco.-¡Leticia! ¡Leticia! (Cae llorando en un diván, consolado por Gracia, que le acaricia la cabeza, llorando también. Por la derecha, Damiana y Felisa, empujadas por Díaz.)

Díaz.-Entren ustedes. Ahí fuera no hacen ya más que estorbar.

Damiana.-¡Madre mía! (Llorando.) ¡Madre mía!

Felisa.-¡La pobre señorita! ¡Dios mío de mi alma! (Llorando ambas, se unen al grupo de Amelia y Etelvina.)

Amelia.-¡Damiana! ¡Felisa!

Damiana y Felisa.-¡Amelia! (Lloran en grupo.)

Amelia.-¡Qué horror! ¡Qué horror! Cuando lo sepan los señoritos...

Díaz.- (Desesperado, tirándose de los pelos.) No ha dicho ni «¡ay!». ¡Y ha sido por mi culpa! (Por la izquierda, en medio del cuadro de desolación, aparecen, felices y contentos, Leticia y Pepe, sin que nadie de la escena advierta su presencia.)

Pepe.-Anda, vamos... ¿Estás contenta?

~~~ FIN ~~~

